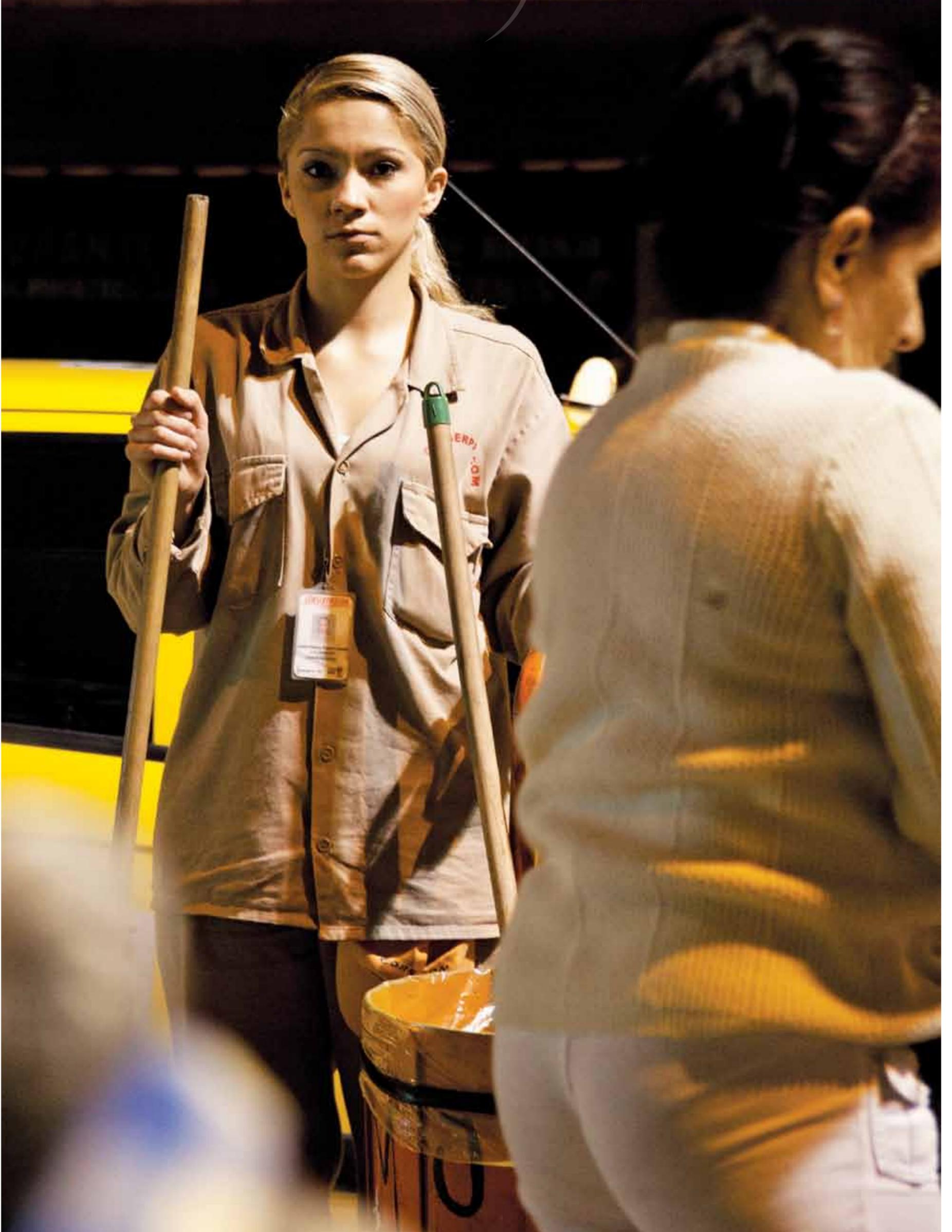


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 22 - Abril de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com





Universo Centro
Publicación mensual
Dirección y fotografía
Juan Fernando Ospina
Comité editorial
Sergio Valencia
Fernando Mora
Pascual Gaviria
Guillermo Cardona
Juan Carlos Orrego
Corrección
Sergio Valencia y equipo UC
Diseño y diagramación
Lyda Estrada
Distribución
Érika y los Gustavos
Coordinación comercial
Velia Vidal
Asistente universitaria
Yudy Enríquez

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 22 - Abril 2011
10.000 ejemplares
Impreso en La Patria
universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita.

www.universocentro.com

La olla atómica



Aunque usted no lo crea, en Medellín también tenemos, además de Central Mayorista y Minorista, nuestra propia central nuclear, tal como testimonia la foto que acompaña el editorial de esta buhardilla periodística.

Se rumora que tal central fue construida en 1972 por Atilio Baretini, y el apellido ya lo dice todo. El célebre constructor parece que tenía problemas auditivos y, en vez de diseñar un edificio, terminó haciendo un adefesio.

Por la misma época, la hermana República de Cuba, emulando el poderío de la Unión Soviética, levantó en la provincia de Cienfuegos el reactor Jurguá, que prometía ser el más potente del continente. No lo terminaron porque les pareció muy reaccionario.

En cuanto a la central nuclear de Medellín, nadie, ni siquiera don Berna, sabe de su ubicación exacta, aunque vecinos del sector de Laureles se quejan de las cosas raras que a veces ocurren: un ronroneo permanente en el aire, un inusual sofoco meridiano y extrañas metamorfosis como la sufrida por el periodista deportivo de Caracol-Radio, Wbeimar Muñoz, que en la tele siempre sale verde.

De manera que no solo tenemos nuestra propia central nuclear sino que, cruzando los dedos, y dada la ética y el profesionalismo con que se manejan en Colombia las obras públicas, en poco tendremos también nuestra propia Fukushima.

En Chernóbil, veinticinco años después del accidente que expulsó a la población de un sector de cuarenta mil metros cuadrados, volvieron a habitar cada vez más robustos jabalíes, renos de astas hiperbólicas, y en los ríos ahora se ven sorprendentes bagres de metro y medio. Según los científicos, no se trata de ningún fenómeno de mutación genética, sino del resultado obvio de que los animalitos vivieron a salvo durante un tiempo de la ambición, el hambre y la estulticia de los seres humanos.

Entonces, quizá, veinticinco años después de una probable tragedia nuclear en Medellín, vuelvan a este valle las nutrias, los osos de anteojos, los venados, los jaguares, los armadillos, y hasta los nutabes, aburráes y yamesíes, comunidades que habitaron estos lares antes que nosotros, como los cóndores.

Semana de pasión



Fernando Mora Meléndez

No hay nada que alarme tanto a un amante como la frase: ¡Estoy aburrida! Se trata de una señal de peligro imposible de ignorar, sobre todo si el otro está interesado en preservar la compañía.

Pero antes de que me hubiera ingeniado algo entretenido que evitara su desertión, ella ya lo había pensado por mí.

—Nos vamos esta Semana Santa para Remedios, llegó diciendo.

De nada valió el pretexto de que la carretera era en extremo larga y tortuosa.

—Para eso hay avión, me replicó.

—¿Avión para Remedios?

—¡Sí mijito, y muy bueno!

—A mí me han dicho que por allá hay mucha culebra...

—¡Pues las matás vos!, para eso voy con un hombre, ¿no?

Y habiendo tantos destinos nacionales, ella insistió en Remedios, una población enclavada en el nordeste antioqueño. Todo porque había leído hacía poco en La Marquesa de Yolombó que aquel pueblo era mágico y que en él se hallaban las brujas más poderosas de todo el departamento. ¿Qué harán ellas en Semana Santa?, comentó fascinada.

Me pareció exagerado invertir en un pasaje aéreo para ir a un pueblo de brujas, así fuera Salem. Pero el viernes llegó con los tiquetes y me pidió que comprara sólo los rollos de película. La idea era hacer un safari fotográfico.

El vuelo en la avioneta fue más movido que si lo hubiéramos hecho en escoba. Cogimos un jeep hasta el hotel, cerca de la plaza principal. La habitación, en un tercer piso, me pareció muy digna y hasta aseada. Tenía una ventana grande y, dentro de la misma, otra diminuta por la que podríamos espíar el vecindario en los días santos.

Después de la religiosa siesta, cargamos los rollos en las cámaras y salimos a dar una vuelta por el parque. Pero no bien hicimos el primer clic, llegó un tipo de poncho, tuso para más señas, a preguntarnos de dónde veníamos y a informarnos que en este pueblo estaba prohibido tomar fotos.

Entre temerosos e indignados fuimos a un quiosco y pedimos dos cervezas. Se trataba de pasar un trago amargo con otro, un viejo método homeopático. Desde allí vimos a los parroquianos carilargos que hablaban en voz baja y con la cabeza gacha debajo de los sombreros. Por la calle principal había un corrillo más grande de campesinos; la tendera nos dijo que estaban esperando la volqueta de los muertos. Nos bogamos esa cebada rápido y de mala gana, aunque compramos otras bebidas y provisiones para el hotel.

El programa consistía en volver al cuarto, comer sardinas

con pan y esperar la noche. Como distracción nos pusimos a leer en voz alta un cuento de misterio llamado El Horla, de Guy de Maupassant. Con cautela nos asomamos por la ventana para ver las calles vacías y aún más tétricas por el sólo hecho de saber que era Semana Santa. A lo lejos se escuchaba el sordido estribillo de una canción de carrilera.

A medianoche nos despertó un murmullo en la ventana. "Son ellas", dijo mi compañera sentimental con un hilo de voz. Luego las voces se fueron acercando y entonces pudimos entender algo parecido a unas letanias. El efecto se sintió en nuestra piel y estremecidos nos abrazamos como una pareja de erizos. No sé cómo ella sacó el coraje para abrir un poco la ventana más pequeña y así poder ver lo que había afuera. No, no eran brujas, ni ánimas del purgatorio. Eran hombres solos que caminaban con velas encendidas mientras repetían sus plegarias. Y eran una sola cola larga.

El efecto de esa visión nos desveló. Tampoco había ánimos para hacer de las otras cositas, tal vez por el temor inconfesable a quedarnos pegados. Por la mañana, la casera nos informó que la procesión que habíamos visto es la que llaman Del Prendimiento porque en ella se recuerdan las horas en las que buscan a Jesús por cielo y tierra para encanarlo.

Esa tarde fuimos al atrio de la iglesia para ver la Semana Santa en vivo. Debajo de las túnicas romanas había actores naturales, campesinos de las montañas cercanas. Ese Jesús, por supuesto, era apuesto y rubicundo, como Enrique Rambal en El Mártir del Calvario. Hubiera apostado a que era oriundo de El Santuario, donde hay tanta gente mona y ojizarca.

Por los altoparlantes se escuchaba el recitativo algo gangoso de los pasajes del juicio: ¡Que suelten a Barrabás! ¿Eres tú el rey de los judíos? Y antes de que cantara el gallo vimos a Pilatos, un gordito, lavándose las manos en un platón. A Jesús se lo llevaron tras bambalinas. Muchos de los parroquianos se quedaron mirando hacia la tarima, como si esperaran la crucifixión. Pero, gracias a Dios, esta escena había sido retirada del programa.

Después de poner música solemne, los actores bajaron contentos al parque y saludaron a todo el mundo. Los vimos, unas horas más tarde, todavía con las túnicas de colores, en una mesa junto al quiosco, bastante más que eufóricos. Pilatos, al lado de Judas, Caifás y Barrabas, incluso Jesús, el mono. Todos empinaban el codo una y otra vez. Se abrazaban en una fraternidad que en la Biblia jamás se dio; una bella foto que sólo ha podido quedar en el cuarto oscuro de nuestra memoria.

Por la mañana fuimos a confirmar el vuelo y nos dijeron que había problemas con la aerolínea. Me pareció curioso que no se pudiera volar justo el Sábado de Resurrección.

Fuimos a buscar algo para almorzar y nos dijeron que la cocinera se demoraba porque andaba en lo del sepelio colec-

tivo. Si gustan pueden volver más tarde. Y de paso también nos ofrecieron un jeep directo hasta Medellín, en sólo seis horas, por si la avioneta no venía.

En una esquina había un letrero que decía: "Compra y venta de oro". Nos acercamos para ver trabajar al joyero y nos dimos cuenta de que era Poncio Pilatos, el gordito, con ojos de enguayabado. Estaba con un soplete, haciendo una filigrana en metal precioso.

Nos contó que el oro de Remedios gozaba de mucho prestigio.

—¿Tanto como las brujas?, pregunté con ese candor imprudente.

—¿Quién les dijo a ustedes que este era el pueblo de las brujas? La pregunta parecía una dura réplica.

—Un pajarito, dijo ella, para disimular.

—El pueblo de las brujas es Segovia, aclaró Poncio, con la sequedad de su guayabo.

Pero después de esto nos mostró anillos de compromiso, cristos y cadenas, para que nos antojáramos, mientras invitaba a una cervécita.

Al final pudimos despegar en la tarde y, como el día estaba bonito, ella se puso a tomar fotos de nubes. Nunca vi disparar tanto al mismo blanco. Había doce rollos disponibles.

—¡Mirá esa!, dijo, señalando una masa gaseosa en el aire, ¡igualita a una bruja! ¿Cierto?

—Sí, igualita..., dije, mientras dejaba escapar un lánguido bostezo. ☺



PENTATEUCO

Hay quienes dicen que la Semana Mayor de los cristianos ya no es lo que era. En los textos que aquí se compilan no queda claro si los autores desean que recupere su salud o se vaya de cajón de una vez por todas. Nota: Disculpen que los publiquemos una semana después, pero estábamos paseando.



Mis semanas santas

Guillermo Cardona Marín

Para mí la Semana Santa terminó por convertirse en una rara especie de vacaciones forzadas, en una interrupción obligada de tareas que se dejan a medias, de citas que hay que aplazar, de un montón de pequeños compromisos que se acumulan para la entrante. Resignado, aprovecho para organizar papeles y archivos y leer hasta que se me cansan los ojos o me vence el sueño.

Esto es así, ahora, supongo que a consecuencia de la incredulidad que llega con los años, pues a cierta edad resulta menos penoso reconocer que en cuestiones de fe hasta la ciencia es poco confiable. A estas alturas del partido, estoy pacíficamente de acuerdo con Borges cuando afirma que la teología es otra rama de la literatura fantástica.

Antes, en tiempos de universidad y vida loca, la Semana Mayor la aprovechaba pa' arrancar pa la costa con la novia, a dedicarme a actividades no tan santas, pero tanto hoy como ayer, en medio del agite del paseo o las labores de entrecasa, siempre saco un tiempito para evocar el recuerdo de las semanas santas de mi niñez con mucho de nostalgia. Fueron unos verdaderos días santos a los ojos inocentes del niño que sabe lo que le va a pasar a Jesús, pues le pasó. Ese niño que fui yo, de alma todavía inmaculada, asistía a la muerte y resurrección del Hijo de Dios como si fuera una auténtica primicia.

Las procesiones, el estrén, las visitas al Santo Sepulcro, los cantos de *Tú reinará ioh rey bendito!*, la prosopopeya de los famosos monumentos, hasta el soporífero sermón de las Siete Palabras y la felicidad de la resurrección, todo en uno, cada vez que evoco esos recuerdos, me dejan en la boca un dulce y grato sabor a tristeza. En ocasiones casi percibo el olor del incienso y el murmullo de los rezos de entonces, cuando en mi mundo todavía existía la magia divina, cuando todavía estaba metido en el cuento, cuando todavía creía hasta en los huevos del gallo. ☪

Eccehomo y Bon Ice

Leoncia Veagrís

Es una de mis taras, y no voy a gastar tiempo en disimularlo ni mucho menos en justificarme. Lo confieso de frente: Me apasionan las procesiones de Semana Santa.

Puesto a recordar, es muy probable que mi extraña afición haya nacido cuando tenía 7 años, un Domingo de Ramos en el que uno de los locos del barrio, Alirio, entró en éxtasis ante la lujosa figura de Jesús sobre un hermoso burro de yeso, cubierto por un fino manto oro y carmesí que desbordaba la parihuela. Alirio quiso subirse, y como no lo dejaron los organizadores, jaló con rabia el manto y icataplum!, de nuevo a la Tierra bajó el Redentor, esta vez con estrépito y acompañado de su montura. Con las esquirlas del santo seguramente habrán hecho reliquias; con los pedazos del burro sé que pintamos muchas golosas y vuela colombias.

Desde aquello, y de tanto asistir a esos días de teatro católico, devine en coleccionista de imágenes religiosas. Pero no de santos, vírgenes y beatos, no. Colecciono imágenes mentales de las procesiones, imágenes de esas imágenes que se pasean cada año por las calles entre curas, tules e incienso, bamboleándose en los hombros penitentes de la feligrésia.

Recuerdo, por ejemplo, el miedo que me dio cuando vi a un malencarado centurión de pantaloneta y guayos como defensa central del equipo de fútbol de San Cristóbal. Era el mismo gigantón rústico que había llevado a las patadas al Nazareno hasta el Calvario durante la Semana Santa en vivo y que ahora enfrentaba a mi hermano mayor, delantero en el equipo contrario. Y cómo olvidar la procesión de prendimiento a la que tuve oportunidad de asistir en la mística Popayán, cuando en medio de la oscuridad y el silencio, roto solamente por desgarradores redobles, sentí que me llamaban desde el paso mayor: "Leo, Leo, venga". Si el Nazareno, camino a la muerte, quería llevarme consigo, no pudo encontrar mejor escenario. Me acerqué al palio con la mirada más pía que pude y la elevé para buscar los ojos salvadores del Eccehomo. Alelada, sentí de nuevo la voz en mi oído: "Qué más Leoncia, soy Ugarte, estudiamos juntos en el colegio". La voz inconfundible de mi excompañero costeño salía de uno de los capirotos morados que distinguen a los cargueros.

Hace poco pude asistir a una muy rara procesión. Fue en El Congo, un barrio con poquísima utilería sacra pero con un párroco tan recursivo que, a falta de costosos santos, montó las procesiones con los pingüinos que prestaron varios vendedores de Bon Ice de la vecindad. Sí, con esos animalitos negros de fibra de

¿Parranda santa?

Revista Frivolidad In Memoriam

En 1987 circulaba por esta parroquia Frivolidad, una modesta y muy divertida revista de humor que salía cada que se podía y que entre tumbo y tumbo alcanzó la astronómica cifra de siete números, antes de devenir en otra historia. El artículo que presentamos a continuación pertenece al que apareció por Semana Santa de aquel año, el tercero para más señas, cuando seguía vivo el escándalo de la Caja Vocacional, esa entidad financiera medio pirata que se inventaron los curas, con monseñor Abraham Gaitán Mahecha a la cabeza, para embolatarle los ahorritos a miles de colombianos que ingenuamente confiaron en quienes se precian de ser representantes de Dios en la Tierra. Una interesante y muy apropiada reflexión, posterior a la semana de recogimiento.

No entendemos por qué este país, acosado por males e inmoralidad, no aprovecha la Semana Mayor para recogerse y orar. Pero la gente prefiere el paseo o la rasca, se van, y las procesiones están cada día menos surtidas (se conforman con darle una vuelta a la manzana o, si está lloviendo, a las bancas del templo).

Hemos llegado al colmo. En la Parroquia El Divino de Pedregal, por ejemplo, el señor párroco adelantó la Semana Santa para hacerla toda en una tarde, el pasado 10 de abril. Nos parece simpático transcribir el programa que nos llegó:

PROGRAMA

La Parroquia El Divino avisa a su distinguida feligrésia que debido a la excursión que organizamos para recoger fondos para ayudar a la Caja Vocacional, nos vemos obligados a adelantar la Semana Santa para el próximo 10 de abril.

5 pm. Domingo de Ramos. Misa y procesión. Pueden asistir con la sudadera del viaje pero rogamos que se quiten la cachucha en el instante de la elevación.

5:30 pm. Lunes, Martes y Miércoles Santo. Confesiones, comunión y ejercicios espirituales.

5:45 pm. Jueves Santo. Última cena. Visita de médico al monumento (que por favor no ocurra como otras veces, que los mal informados llegan al Monumento al Arriero). Advertimos a los niños que hacen de apóstoles que no se les repartirá el acostumbrado pan con vino porque después se marean en el bus.

6 pm. Viernes Santo. Misa; procesión de 11. El viacrucis lo veremos en el betamax de la parroquia.

Opcional: procesión al Santo Sepulcro.

6:15 pm. Sábado Santo. Procesioncita de gloria alrededor del altar. No dejen perder los niños que después no toca darles comida y para el pasaje. No habrá misa.

6:30 pm. Domingo de Resurrección. Alabado sea el Señor.

6:30 a 6:45 pm. Semana pascual.

7 pm. Salida para Coveñas.

NOTA: Quienes no asistan a por lo menos tres oficios religiosos no pueden coger ventanilla.

vidrio que pueblan esquinas y semáforos de la ciudad con los helados adentro. Y bien que le fue al curita, pues tendrían que haber visto lo fácil que se adaptaron los pingüinos a sus papeles, no sólo porque su tamaño —más grande que el de una persona normal— los hacía sobresalir, sino que por estar dotados de rodachinas no hubo necesidad de construir andas ni palanquines. Vestirlos también fue sencillo y barato, pues ya tenían el luto propio: Un mantón de muselina para La Magdalena, un corte de terciopelo verde y un lazo para San Juan, un palo de escoba como lanza para el soldado romano (y las cerdas de la misma escoba como casco), y una corona de alambre para Cristo Rey.

Dos lunares tuvo la original Semana Santa con pingüinos de El Congo. La ceremonia del lavatorio de pies se vio deslucida por no prever que al limpiarles las patas el olvido saldría untado con la grasa de las ruedas. Y, con toda franqueza, teniendo en cuenta que los pingüinos Bon Ice nunca dejan esa sonrisita, no debieron incluir la crucifixión. ☪



Barrabás

Ricardo Peña

En el Evangelio según Pär Lagerkvist se lee que el único hombre de su época que podía decir —sin necesidad de metáforas— que Cristo había muerto por él, era Barrabás. Sin embargo, ese protagonismo no ha sido entendido por diseñadores de pasos de procesión ni por directores de cine: el personaje nunca aparece sobre las andas, mientras que en la pantalla grande suele representarlo un hombrón de barba hirsuta y mirada aviesa que aparece y desaparece con la rapidez de un ratón casero.

De niño me interesó el rebelde liberado por Pilatos, y con toda la ingenuidad del caso esperaba ver venir su estatua, a los tumbos, en la procesión unificada de las iglesias de San Bernardo y del parque de Belén. Sin embargo, ese maniquí jamás se vio desfilando por la carrera 76 —el sambódromo de la Semana Santa en el Belén de hace tres décadas—. Me resignaba imaginando que Barrabás debía tener la misma apariencia de Simón de Cirene, sobre todo en el vestuario con túnica rayada, pues físicamente debía ser mucho más musculoso y moreno.

La obsesión por Barrabás me duró hasta pocos días antes de la mayoría de edad. Una noche soñé con una procesión que, en uno de sus pasos, incluía la exposición pública de Jesús y Barrabás, uno parado al lado del otro, ambos con las manos amarradas a la espalda. Desperté con un mal sabor de boca a pesar de que, por fin —así fuera en clave onírica—, había logrado vislumbrar al ansiado monigote. Pero antes de que el sueño se esfumara de la memoria pude entenderlo todo: el Barrabás de la visión llevaba bigote sin barba, y sobre su ropa talar de rayas verdes y blancas había, estampado, un número 8. Comprendí que todo ese tiempo me había desvelado un hombre ruin. ☪

Garita Santa

Gaspar Torres

Las preguntas malas son siempre un reto tortuoso. En formato escrito me llegó un cuestionario de revista. La primera, la peor, decía: "¿Usted de qué se arrepiente?". Tanto me tocó esculcar entre imaginaciones y recuerdos que llegué hasta un confesionario. Y le dicté mi respuesta escrita a la voz costeña de la entrevistadora que invitaba a todos los pecados: "Me arrepiento de haberme sometido a las torturas del confesionario. Más o menos hasta los 11 ó 12 años me tocó hacer el ejercicio retorcido de inventar pecados veniales para la oreja infinita e inmisericorde de un cura al que no quería confiarle ni la tarea de religión. No recuerdo una situación más incómoda que ese interrogatorio, en el que un cura usa la ganzá del remordimiento mientras uno intenta mostrarse como un pecador promedio. El recreo de la media tarde que duraba una hora y cuarenta minutos, era una conversación entre condenados queriendo bajar sus penas."

El cielo llegó antes del cartón de bachiller. Al comienzo de lo que llaman octavo decidí que no me acercaría nunca más a esa ventanilla siniestra. Pero los confesionarios ya no son lo que eran. En una vieja Semana Santa veraniega y solitaria me fui para la Catedral Metropolitana. Me recibieron dos táparos amarrados a un poste de luz al frente de La Polonesa, el menos equino de los locales que rodean al Parque de Bolívar. Un juguete para la niñería ambiente. Me olvidé del cagajón en busca del incienso. Cuando entré a la iglesia, la fila del confesionario se enroscaba al estilo de una fila del Banco Agrario; llegué hasta el cubículo donde un feligrés entregaba lo suyo y me di cuenta de que el padre fingía escuchar, mientras enviaba un mensaje de texto al más acá. Ya hubiera querido yo un confesor tan distraído en mis años de escolar. ☪

Geografía Universal II

Silvio Bolaño Robledo. Ilustraciones Lyda Estrada



Salónica

Las casas atisban hacia el mar Egeo desde la montaña rocosa de Ano Poli, en Salónica. Ellas han sido construidas sobre las ruinas de una muralla que se asolea como salamandra cansada frente a las naves de la ensenada y el nevado monte Olimpo. Las calles son angostas y empinadas, con aguas que se deslizan en el medio. Ruinas de templos con graffitis y esculturas mutiladas se mimetizan con la vegetación espontánea de las construcciones. Dada la inclinación hay quienes no pueden bajar porque se han quedado viejos. Por cada esquina hay tres gatos y tres perros. Los músicos pasean los sábados tocando melodías mientras los niños ruedan piedras en los charcos.

Las calles se ensanchan con cierta inclinación rumbo al puerto. Los cafés son atestados desde el mediodía, cuando los tesalonicenses empiezan a discutir mientras toman café griego, que es el mismo de los turcos pero europeo. Las ruinas destapadas durante las excavaciones para la construcción del metro dejaron al descubierto el antiguo centro en el subsuelo de la calle Egnatia, frente a la plaza Aristóteles. Torceduras en sus fondos obstaculizan la continuación del proyecto pero el tráfico es óptimo y el autobús cuesta 80 centavos. Algunos nativos toman café frappé mientras caminan o conducen o hacen cualquier cosa y a este gesto confieren cierta identidad nacional. Hablando en griego, tomar el café constituye un paradigma filosófico de carácter dialéctico en la democracia de la polis.

Hacia Occidente la calle Egnatia conduce a Roma y al Oriente hacia Istambul. A una hora suenan las campanas de los templos y a otra los cantos ortodoxos llenan las calles del centro como música angélica que anuncia la oración. Entonces los piadosos bajan por escaleras antiguas hacia las deprimidas iglesias, persuadidos por el poder de la tecnología y de las largas barbas blancas. La fe es tan grande que la pascua dura dos semanas, o sea que creen que Jesús resucitó. Los mercados llenan las calles con olivas jugosas y naranjas, frutos secos y especias, espinacas, aceites frescos y cristalinos, sudados por la tierra. La lengua es el griego pero se escuchan todos los idiomas del mundo. También venden antidia, radikia y zohoi, hierbas salvajes que mezclan en las ensaladas con queso feta y aceite de oliva. La textura del queso χαλούμι (jalumi) es más gustosa que el bife. La miel resplandece en toneles y cajas entre telarañas y papeles de abuela blanca con pañoleta negra.

En el paseo de la costa, al lado de la torre blanca, la estatua de Alejandro de Macedonia sobre su caballo Bucéfalo celebra la grandeza de su genio militar y político. Comparada al equino, la magnitud de sus miembros hace alarde a su título de Magno, lo cual es lógico. Todo está muy ordenado en ese aspecto y las



cosas terminan por adquirir con el tiempo la cualidad de la palabra con la cual han sido bautizadas. Esto en griego se conoce como ontología. La universidad se llama Aristóteles, por ejemplo, algo controversial ya que resulta platónico pero si uno mira bien el edificio tiene jardines. Por su parte la calle Heráclito siempre fluye y los vecinos no se bañan dos veces allí. Los taxistas dejan a la gente en la esquina por causa de la oscuridad. La calle Parménides, en cambio, tiene y no tienen un solo sentido. La vía Ulises llega hasta Ιθάκη (Itháki) pero se pierde primero en la mar.

París

Las mujeres llevan las carteras en el antebrazo y los hombres en los sobacos las baguettes. Eso es parte de lo que en Francia se conoce como glamour. Para ver la exposición completa del museo de El Louvre es preciso pasar 1095 días escudriñando en sus recámaras, lo cual es igual a decir 3 años pero en términos estadísticos. Suspendida verticalmente como un demonio de acero, la torre Eiffel desprende una luz desde su ápice que gira por el cielo nocturno de la ciudad, recordando la existencia de su sueño. Ella fue instalada en La Concorde para una feria pero al final no quisieron desmontarla porque les gustó. La villa es laica pero sus tradiciones, arquitectura y nomenclatura son de origen católico, aunque la religión más practicada sea el Islam. La multitud camina por el centro sin mirarse a los ojos y eso es parte de lo que llaman politesse.

Al ser laica, la conducción espiritual de los nativos ha quedado en manos del Estado y de la psicología. De ahí el que las mujeres vean en la democracia algunos problemas sexuales en espera de su emancipación. Los hombres están de acuerdo y el sexo pasa a ser felizmente un asunto de corrección política. Así es como la sexualidad fortalece los ideales de libertad y fraternidad de la tercera República. Por eso mismo las leyes han condenado la visibilidad de la prostitución, otrora un colorido típico de la Ciudad Luz, sustituyendo a las alegres cortesanas por cines acudidos por ocultos onanistas. Lo anterior en detrimento del arte y consecuencia de la pastoral del alma que ejerce el Estado sobre la población, como herramienta de control de los individuos, según Michel Foucault.

De igual manera que con la Absinthe, la Ciudad de los Enamorados ha entrado en guerra con las palomas. Lo cual también sucede con los gansos pero porque les encanta cultivarlos para comerse sus hígados. La magnífica catedral de Notre Dame, exponente de la alta arquitectura medioeval, se encuentra protegida del detritus de aquellos avechuchos antaño amigos de la humana especie y hoy caídos en desgracia, al punto de ser considerados plagas aéreas. Los puentes del Sena son poblados por vendedores con bigote y copias de pinturas, fotografías y demás cosas hechas pasar por viejas que los japoneses compran mientras se toman una foto con un ganso de fondo y siguen a una señora con una bandera roja puesta en el sombrero. Los gansos del Sena son para el turismo, no para comerse. Esto ha fortalecido las relaciones con Oriente pero recibido quejas por parte de los sindicatos de colombófilos y ambientalistas. La igualdad es otro ideal de la divisa francesa.

Le Metropolitain es ejemplo mundial del transporte público: sus líneas comunican a los ciudadanos con velocidad y eficiencia. El servicio es tan popular que en algunas estaciones los acomodadores trabajan empujando a la gente al interior de los vagones. La frase "métro, boulot, dodo", resume el estilo de vida de las gentes. Ellas comen, estudian, caminan, hablan, discuten, leen, presentan obras de teatro, mendigan, se enamoran, hacen conciertos filarmónicos, pintan, se bañan, sueñan, no sueñan, naturalmente, viajando en su interior. Y luego caminan hacia sus casas por calles que han sido construidas y reconstruidas, constantemente, en la memoria de seres que jamás estuvieron allí.

Para efectos de nuestra geografía, diremos que L'Île de France es a su vez la isla del centro de Europa.



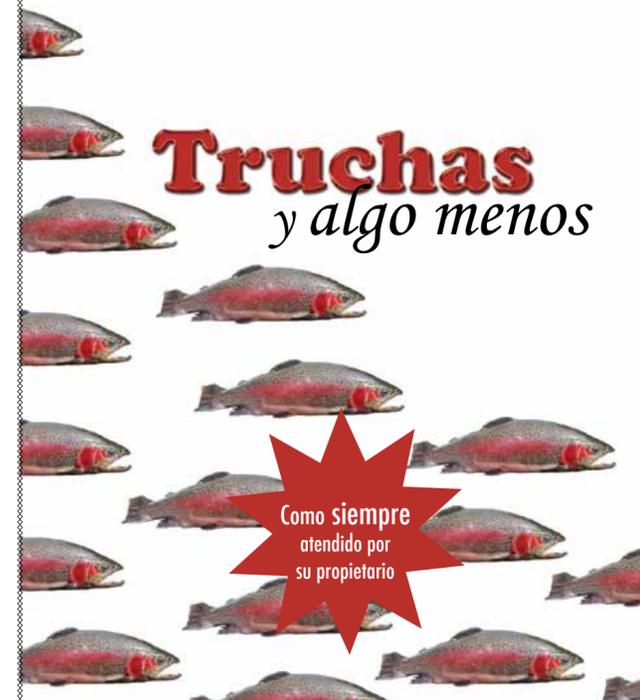
La gente que ahorra con paciencia y gasta con parsimonia, es gente que sabe... es gente de CONFIAR



Porque el futuro es confiar

Línea Confiable: 444 10 20 Medellín
www.confiar.coop

Proximamente
El Eslabón Prendido
Presenta



Truchas
y algo menos

Como siempre
atendido por
su propietario

nos movemos por el Aire
Siente... tu Área

SEMANA POR EL AIRE. 27 de abril al 6 de mayo

Día sin carro

Miércoles 27 de abril
7:00am - 6 pm
En los diez municipios del valle de Aburrá

Operativos de monitoreo a vehículos y motos.

Jueves 28 de abril y Lunes 2 de mayo
Todo el día
Valle de Aburrá

Lanzamiento plan de descontaminación del aire para el Valle de Aburrá

Jueves 29 de abril
9:00 am
Conversatorio
JUAN ANTONIO NIETO ESCALANTE
(Secretario Distrital de Medio Ambiente de Bogotá) Plaza Mayor salón 1

Días del aire

domingo 1 de Mayo
11 am - 5 pm
Parque lineal Ciudad del Río

Entrega a la comunidad del corredor ecológico La Iguaná y Clausura proyecto P+ L transporte de carga.

(Auditorio de San Diego)
martes 3 de mayo
3:00 pm - 5:00 pm
Corredor ecológico La Iguaná y Auditorio de San Diego

Presentación a medios de comunicación.

45 nuevos filtros para buses
miércoles 4 de mayo
9 am
Parque Juan Pablo II

Seminario internacional Percepción ciudadana de la calidad del aire: Modelos de evaluación y de gestión política.

Jueves 5 y viernes 6 de mayo
Sede de investigación Universitaria SIU,
Área de auditorios universidad de Antioquia
Carrera 53 No 61 - 30. Informes: 2198756

Firma Pacto P + L con Proaburrá Norte

viernes 6 de mayo
8 am
Sala de Juntas Área Metropolitana



La carne es exquisita. Carne viva y amorosa o carne jugosa y asada. Una semana en blanco, sin llevarnos un buen bocado de carne a la boca, es un penoso trance. Para no tener que soportarlo usted sabrá cómo se las arregla para agenciarse la porción de carne viva. Pero por el otro lado ¿cómo es el proceso para disfrutar del succulento sabor de la carne asada? En UNIVERSOCENTRO se lo contamos.



Andrés Delgado. Fotografías Juan Fernando Ospina

“Tengo tres años de edad y en pocos minutos seré sacrificado. Seré despellejado, me abrirán en canal, me sacarán el corazón, trozarán mi hígado, me cortarán la cabeza, rebanarán mis patas y me extirparán los ojos. Son las tres de la mañana y el beneficiadero está en plena faena. Otros novillos hacen fila en dirección de una rampa. Los humanos nos sacrifican en la madrugada para que los restaurantes tengan carne fresca al mediodía. Tal vez por esa obsesiva puntualidad con los restaurantes es que a mi muerte la llaman *beneficio*. Y es muy posible que esta misma noche una porción de mí caiga en las brasas de un asadero y unas muelas humanas terminen por triturarme. Tengo tres años, soy un novillo de 400 kilos y eso quiere decir que estoy bueno para comer, literalmente”.

Si un novillo pudiera escribir su diario, esto es lo que más o menos escribiría antes de su muerte:

“Estamos encerrados en la Central Ganadera de Medellín, en un corral lejos de la planta industrial para que no sintamos el olor a sangre de nuestros congéneres y no nerviémos ni comencemos a dar patadas y cabezazos. Nos bañan con agua fresca que cae sobre mi cabeza y me sienta bien. Después del baño estoy más relajado. Un sujeto con bata blanca me alza la cola, mira por debajo, se levanta y me palmea el lomo. El procedimiento se llama *Inspección ante-mortem*, para determinar que no tengo ninguna enfermedad y que estoy en condiciones de morir en esta madrugada. En fila, vamos pasando por una rampa. Ahora camino sereno, con dignidad. Ha llegado mi hora”. Hasta aquí el diario del novillo.

A qué huele el beneficiadero

En la sala de sacrificio el olor es vomitivo. Es un fuerte olor entre boñiga, herrumbre, sangre y químicos que le produce arcadas a quien no esté acostumbrado. Esto es un beneficiadero pero parece una línea de ensamble de Sofasa. Lámparas blancas, sierras crujientes, golpes de troqueles, rieles en la altura; no hay reses en el piso sacudiéndose mientras se desangran; hay pasillos congestionados de operarios con pesados delantales amarillos, guantes largos, botas industriales y cascos de obra civil. El siguiente novillo ingresa a la plataforma y queda atrapado. Un ope-

rario retiene su cabeza en la caja de sacrificio y empuña una pistola neumática de perno. Apoya el cañón entre los ojos del animal y dispara. El perno rompe el hueso frontal, destroza los sesos, pero el animal sigue vivo. Al disparo ese se le llama *insensibilización*; el novillo está y no está. Es un procedimiento diseñado para el *bienestar* del animal, para que no se angustie con la idea de la muerte, ni se huelo lo que le viene después.

El novillo tiene los ojos abiertos pero no ve, ni se da cuenta en qué momento le amarran una pata trasera y lo levantan cabeza abajo. Está atontado y su corazón aún bombea sangre. La lengua le cuelga, casi tocando el piso. Este procedimiento se llama *izamiento*. Una vez arriba, avanza por el riel elevado entre el sonido industrial de las poleas, los golpes y las sierras. Más adelante, un operario sostiene el *cuchillo vampiro*. Este pedazo de metal es un tubo con punta diagonal, conectado a una manguera que va a una bolsa plástica transparente. El operario clava el cuchillo vampiro en la yugular. La sangre roja y caliente empieza a descender por la manguera y se recoge en la bolsa. Con este operario sería imposible una pelea a cuchillo. Finalmente el novillo muere por anemia aguda en aproximadamente diez minutos. No quedan rastros de violencia. Aún así no quisiera que un hindú ingresara a la planta de beneficio, ni llorara las reencarnaciones de su madre y su cuñada.

“Tenemos un proceso muy tecnificado”, me dice el médico veterinario Jorge Mario Escobar, gerente de la Central Ganadera, el beneficiadero de 28 hectáreas fundado en 1954, ubicado en la autopista norte, a 6 kilómetros del centro de Medellín. La usanza de los viejos matarifes consistía en zanjar el cuello sin previa insensibilización. La muerte era traumática. Los novillos perdían el equilibrio, desangrándose a borbotones; caían lanzando patadas y coces, inundando el recinto de sangre. Los novillos sufrían y el organismo, en su agonía, liberaba sustancias que dañaban el sabor y la textura de la carne. Ahora es distinto. El procedimiento de insensibilización fue todo un logro después de muchos años de estar buscando alternativas que mitigaran el sufrimiento del animal. En Medellín, hay grupos de activistas en contra del consumo de carne. No han entendido que es un asunto natural, que comemos carne hace milenios y que los novillos no son mascotas sino bienes de consumo.

La línea de producción

El novillo colgado se desliza por el riel. En la próxima estación de trabajo se despelleja la carne, se apila el cuero, y en la siguiente, se abre la panza en canal. Es un trabajo que requiere un operario con destreza para manejar una poderosa sierra eléctrica que troza los huesos como si se deslizará por un blando y grueso filete. También se necesita cursar en el Sena *Operaciones básicas de sacrificio bovino y Buenas prácticas de manufactura, BPM*. A los trabajadores se les exige además rasurarse barba y bigote, no portar anillos ni pulseras y mantener las uñas limpias y bien cortadas. Todo esto para cumplir con el decreto 1.500 que regula la oficina del Invima, ubicada dentro del mismo beneficiadero. El operario gana un sueldo de 700 mil pesos mensuales y cubre un turno heroico: de doce de la noche a ocho de la mañana. Lo leímos en el diario del novillo: “La jornada debe hacerse en la madrugada para que los restaurantes tengan carne fresca al mediodía”.

Las regulaciones del Invima obligan a la Central Ganadera a cumplir con las normas de inocuidad y a realizar procedimientos modernos, donde se priorice la muerte digna del animal. La planta tiene capacidad para beneficiar 640 novillos por turno de trabajo; la velocidad del riel es de 80 animales por hora. El doctor Escobar se deleita, como si se tratara de un lomito a la pimienta, con el ritmo de la línea de producción: especialización del trabajo, estandarización de procedimientos, estudios de métodos y tiempos, ergonomía y cero tiempo perdido en cambios de referencia. Si a la sierra de pecho se le parte un tornillo, toda la línea se detiene. La solución: planes de mejoramiento intensivos en el mantenimiento mecánico. Y en verdad el riel elevado, las luces blancas de neón, los operarios uniformados, las estaciones de trabajo, los sonidos de sierras, pistones y golpes, son los mismos que en una fábrica manufacturera.

La diferencia: mientras en Sofasa, a medida que un Renault Logan avanza por el riel, los operarios le adicionan componentes. En el matadero —el doctor Escobar insiste en que es *beneficiadero*, pero cada cosa tiene su nombre—, en el matadero, digo, a medida que el novillo avanza, los operarios lo desvalijan. En Sofasa, al final del recorrido, el Logan está ensamblado. En el matadero, al final, no queda nada del novillo. Es desmontado en su totalidad, pieza por pieza.

Y ninguna parte se desperdicia. Con la sangre se produce harina, morcilla, carnes frías y es utilizada en farmacéutica. Con la bilis, laxantes. Con el estiércol, abono orgánico. Con el miembro viril, juguetes para mascotas. Así es, los perros son los que terminan comiéndose el pipí del novillo. Con el intestino delgado se hace la chunchurria de Buenos Aires. Las vísceras del novillo van a dar a la paila de la cocina o son utilizadas como materia prima para los concentrados animales. Nada se desperdicia. El ganado siempre ha sido un excelente negocio. No es gratuito que el oficio de cuidar vacas en corrales se llame ganadero, porque en efecto, quien lo practica, es un indiscutible ganador. Con las patas, se preparan gelatina y colágeno. El cuero va directo a las curtimbres. Con los cachos se producen artesanías y botones porque no creemos, como los chinos, que sean afrodisiacos. La lengua también se come, pero ahora no la ofrecen en las cartas de los restaurantes. No porque sea de mal sabor, sino porque pedirla es un atrevimiento. Imagínense: “Mesero, deme lengua por favor”.

Los cálculos renales son una verdadera fortuna. Cada gramo de estas piedras cuesta más que uno de oro. Aún así, no hay manera de predecir que un novillo tenga en los riñones o en la vesícula biliar, una de estas valiosas perlas orgánicas. Para evitar robos en la Central Ganadera, la mesa de acero inoxidable donde se abren estas vísceras es vigilada por una cámara. Gracias a esa vigilancia se impide que los cálculos vayan a parar en el mercado negro de la Plaza Minorista, donde se comercializan bajo cuerda. Al matadero llega un sujeto con lentes oscuros y un maletín de cuero, compra la mercancía y se larga. Se lleva en promedio 200 gramos al mes. No se sabe qué hace con ellos. Se especula que son materia prima para microcomponentes japoneses, pero debe ser falso porque los cálculos renales se cuidan con celo desde años antes del desarrollo de la electrónica. El asunto es un misterio; ni el doctor Escobar supo contestar la pregunta.

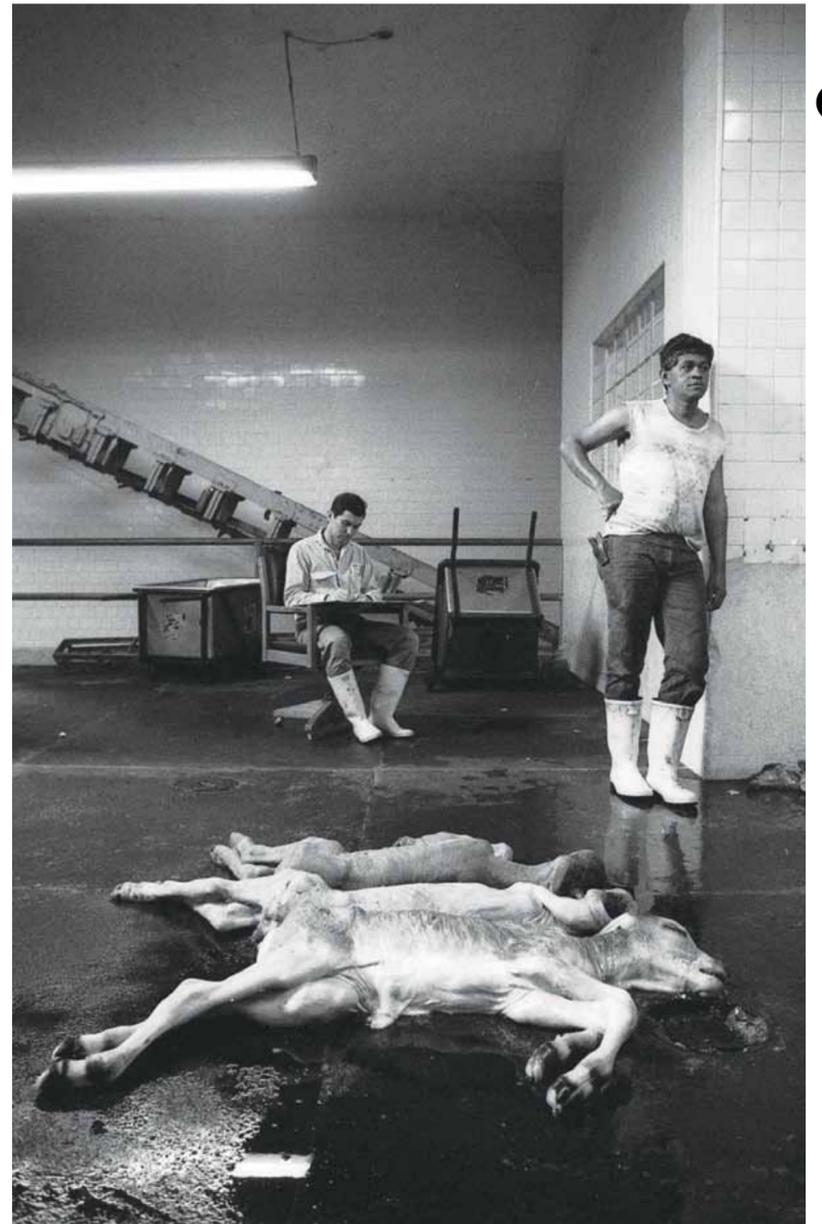
Vale decir, finalmente, que ningún pedazo, ninguna garra, ninguna excrecencia del novillo cae al río Medellín, y a eso lo llama el doctor Escobar *un buen balance ambiental*.

Carne en pie, bistec a caballo

la raza más común en Colombia en cuestión de carne es la brahman, descendiente del cebú; es una raza proveniente de la India y que se diferencia del ganado europeo por su giba. El valor del ganado se mide en la masa muscular que se obtiene en el menor tiempo posible. En Colombia, los novillos alcanzan 400 kilos en tres años. En Argentina, las vacas obtienen ese mismo peso en la mitad de tiempo, gracias al tipo de ganado y a la geografía; en las pampas las vacas argentinas pastan con mansedumbre, son extremadamente perezosas y crecen con los músculos flácidos y pulposos. El filete de calidad debe tener un balance entre grasa y músculo. Esa característica se llama *marmórea*, como las vetas negras en el mármol blanco, las vetas de grasa blanca en la carne roja.

La Central Ganadera no es dueña de ningún novillo; es la intermediaria. El vendedor y el comprador cierran el negocio en los corrales de la Central. Allí se presta el servicio de corral y se facturan \$51.400 pesos por cada res beneficiada, además se adiciona un impuesto con el nombre más truculento de todo el estatuto tributario: Impuesto al degüello, de \$17.900 pesos por res.

Ahora bien, todo hay que decirlo, en Medellín también comemos caballo. El matadero La Mosca, en el municipio de Rionegro, por ejemplo, sacrifica caballos y su carne se comercializa en restaurantes y carnicerías. Las deliciosas butifarras callejeras, que nos rescatan de las peores borracheras a las tres de la mañana, son producidas con carne de caballo. En realidad, eso no tiene nada de malo. Evitar meterle el diente a los caballos es un tabú y un despropósito. Es un condicionamiento cultural absurdo como el que tienen los judíos contra el cerdo o como el que tienen los hindúes, que se mueren de hambre mientras engordan vacas y ratas pardas. En la Argentina se cultivan caballos y se los comen en jugosos filetes de diez centímetros de ancho. Sirven el filete con un cuchillo desechable de plástico y el trinchete se desliza entre la carne como si fuera mantequilla. Imagínense la delicia.



En Medellín también abunda el mercado negro de carne de caballo. Si a un campesino en San Pedro de los Milagros se le enferma un potro flaco y acabado y no puede recuperarlo, el campesino no pierde. Lo sacrifica, se lo hecha a los hombros y lo baja en moto hasta San Cristóbal. Un distribuidor pirata lo compra, lo estruja en la maleta de su Mazda 323 y lo transporta a una casa de barrio, como tantas otras, donde funcionan mataderos clandestinos con todo su arsenal de neveras, mesas de faena, sierras eléctricas, cuchillos, operarios, y, por supuesto, buenos clientes en carnicerías y restaurantes. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo es posible comerse un sabroso menú ejecutivo por \$5 mil pesos? Ya sabe la respuesta.

La carne en cifras

Según Acopi, el consumo de carne per cápita por año en Colombia es de 17 kilos. En Argentina, 55. Brasil es el primer exportador de carne a nivel mundial, lo sigue Australia, y Colombia ocupa el décimo puesto. Argentina no está en el primer renglón exportador porque prefieren comerse las vacas que exportarlas. Aún en las peores crisis económicas, los australes siempre han ostentado el título de primer consumidor de carne del mundo.

El pecado de la carne

Desde hace milenios estamos obsesionados con la carne. Punta de anca, tabla, mondongo, churrasco, solomo, hígado, ojos, nalga, lengua. Incluso la iglesia católica le dio un giro metafórico a la lujuria y la llamó de manera gráfica: El pecado de la carne. En la tradición se recomienda la abstinencia de saborear la carne viva y amorosa o jugosa y asada, durante los viernes de cuaresma.

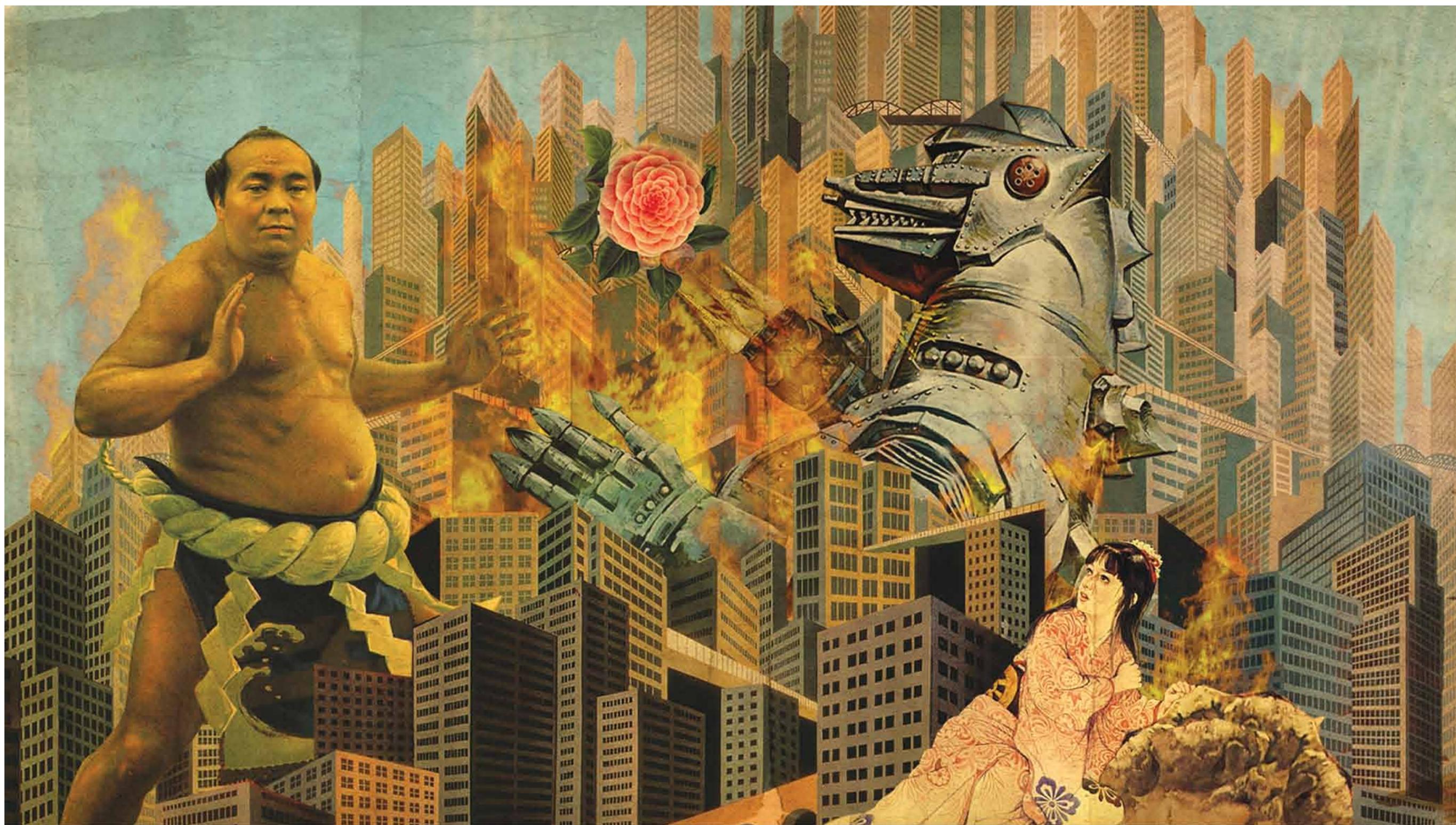
Según el catecismo del padre Astete, esta regulación debe cumplirse entre los 6 y 60 años. Quien esté por fuera de este rango puede mandarse la carne que quiera y no queda en pecado. La iglesia y sus vainas. Es más, hasta hace pocos años, si durante los viernes de cuaresma usted se comía un par de muslos a punta de picos corría el riesgo de quedar pegado a ellos.

El cuadril es la parte externa y trasversal del cuarto trasero de la vaca. Contiene la tabla, la posta, el huevo de aldana y el solomito. Es un culo delicioso. Andrés Calamaro dice en una canción: “Y así suene muy poco sutil, de tu cuadril no me olvido nunca más”.

La carne es un placer. Y un pecado. De gula y de lujuria. Nuestra costumbre es comernos a nosotros mismos. Gracias a ello y a que nos comemos nuestras vacas, esta especie ha sobrevivido por centurias. ¿Qué quieres comer hoy? Cuello, hoy quiero comerte el cuello.

El hombre y los animales

La vida de los animales es un libro de J.M. Coetzee y narra la relación de los humanos con los animales. Paseando por corrales llenos de vacas dice Coetzee: “No he visto horror alguno, no he visto ningún matadero. Sin embargo, estoy seguro de que están ahí. Simplemente no se anuncian al público”. El asunto es: nos encanta la carne pero nos repudia su sistema de producción. En Discovery Channel hemos visto cómo se produce el cereal, la cerveza y el pan, pero nunca veremos el capítulo de la producción cárnica. Es mejor que otro sujeto mate la vaca, y bien lejos. Obvio. La muerte no es asunto para ver. A menos que usted sea lector de Q'hubo. ☘



JAPAN, COLLAGE

Catherine Restrepo AKA Guignol nació y vive en Medellín. Polifacética y casi que polimorfa, formada en arquitectura, ex cómica de cabaret, estilista, artista, escritora amateur y últimamente cantautora romántica. Es una creadora que entiende el arte como algo abierto, libre; un catalizador de estímulos externos cuyo resultado es el detritus: desecho, desperdicio, despojo. Un referente para mirar al resto del mundo: "uno es lo que come".

Arte central de **UC**
con el apoyo de

MUSEO DE ARTE MODERNO
MEDELLÍN - COLOMBIA

La paciencia y la intuición son virtudes obligadas para los reporteros gráficos. Caminan, esperan, persiguen, presienten en busca de una foto que pueda condensar las largas horas detrás del lente. Para ellos está el tedio de los entre actos de la realidad, los rituales negros antes de las luces y la cámara. Si los fotógrafos hablaran, tendríamos una versión distinta de casi todas las historias.



REVELANDO EL ROLLO

Pascual Gaviria. Fotografías Albeiro Lopera "9". Reuters

Cuatro fotos con una tropa del ELN en una emboscada, marchando con el pañuelo para lectura de comunicados, rodeando al comandante que habla desde el púlpito de una tabla sobre ladrillos y gozando del alto al fuego al pie de una fogata no son más que clásicas escenas de una guerra vieja y deslucida; escenas en que la guerrilla ha perdido el resplandor del heroísmo y está cerca de perder su último destello: la curiosidad que despierta entre los ciudadanos. Pero si el fotógrafo dice que, en el 2004, esos guerrilleros deambulaban por las montañas de San Carlos (Antioquia) en busca de quién documentara su voluntad de desmovilizarse y habla entre susurros de una cuadrilla extraña por ordenada y miserable al mismo tiempo, la historia mejora: ahora cada detalle —los fusiles, los ojos sobre las máscaras, las manos, las actitudes— merece una mirada de desconfianza.

Cuando el reportero inicia su relato ya las fotos importan poco, y sólo cuenta su aventura en zona de guerra, sus impresiones, el miedo, las noches tétricas. "Me llaman de Reuters y me dicen que me va a contactar Wilson Arenas, un jugador con fichas en el periodismo y en el gobierno; que hay 40 guerrilleros del ELN que se van a desmovilizar, que ya todo está hablado, que me vaya para un hotel en la 70 que allá llega mi contacto...". Ante el retraso del contacto, el fotógrafo piensa convertir su espera de hotel en una tarde de motel. Llama a una de sus posibilidades y recibe un desplante. A las 4 de la tarde aparece por fin Arenas, disfrazado del afán y el nerviosismo de diligencia y audacia.

Albeiro Lopera —apenas ahora les presento al fotógrafo— ha recorrido el norte de Antioquia en busca de los estragos que dejaron las FARC, el ELN, los paras y los narcos sin siglas ni brazaletes. Entre 2002 y 2008, el municipio de San Carlos pasó de 21.000 habitantes a 6.000 porfiados que se negaron a abandonar sus casas. "Paro armado" se convirtió en una expresión obligada para esa ruta del oriente de Antioquia, y sólo faltó una señal de tránsito que la anunciara. Albeiro le notifica a Arenas las reglas que rigen un viaje a esas lomas: "Allá están en guerra todos contra todos, no se mueve una gallina sin la venia de los armados. ¿Está seguro de la vuelta? ¿A qué hora salimos mañana?". Arenas no cede la iniciativa, su obligación es pasar al ataque: "Salimos ya, vamos por otros dos periodistas de Reuters y cogemos camino".

Albeiro blinda su Renault 9 rojo cuando los últimos grillos los despiden luego de pasar Guatapé. Un parqueadero, cartulinas y cinta. Letreros de "Prensa" dignos de película de guerra en El Salvador y la infaltable bandera blanca adornan al único carro que se atreve por entre esa carretera enmontada. La resignación desprevenida de los otros periodistas de Reuters —un experto en contactos con las FARC y un oficinista que mordió un anzuelo— hicieron que Albeiro se apuntara en ese viaje a deshoras. Por su parte, los otros dos invitados sintieron que la presencia del hombre de la zona era garantía suficiente. Sin darse cuenta, los tres comensales de Wilson Arenas cerraron un pacto de confianza con tres patas chuecas.



Durante el camino oscuro, hecho sólo para la ambulancia de San Carlos, Albeiro mira manejar a su contacto y piensa: "Esta es mucha loca hijueputa". No termina de entender por qué se embarcó en ese chárter. Las luces que alumbran una subestación de EPM marcan la primera parada en territorio vedado: aparece una guardia tranquila a cargo de los militares, y luego de las preguntas y respuestas sobre un trabajo social que vienen a cubrir en la zona hay una conversación entre Albeiro y el jefe de la escuadra. Hablan del clima: "Qué, ¿mucha agua por aquí?". "Ojalá fuera sólo eso: agua y plomo como un putas!". "Bueno, al menos hay camellito". "Eso sí, porque viendo llover se aburre cualquiera".

En medio de la charla, una pelada pone un dedo en el hombro de Albeiro y le pide un aventón carretera arriba. Él la espanta como a una chapola, deja que sus preguntas se pierdan entre el monte. De pronto la misma chica le clava el mismo dedo debajo de las costillas, con fuerza, y le dice bajito: "Cuando yo le diga que me lleve, usted dice que me lleva". Termina la conversación con el militar y ya Albeiro le está abriendo la puerta a la imperiosa pasajera. "Hágale p'arriba, hasta una tienda a mano izquierda", dice la nueva guía. Allí se queda el Renault 9 y una camioneta los lleva unos kilómetros arriba. Llega el momento de la trocha: empieza la marcha y se larga el aguacero que prometió la milicia. Los truenos retumbaban como si hubieran metido al mundo en una caja. Cuando aparecen los guerrilleros entre el monte, Albeiro intenta que los disparos de su cámara coincidan con el resplandor

de los rayos, queriendo abusar de su intuición. Hay un río crecido y los *elenos* cruzan de lado a lado con los fusiles en alto; ofrecen ayuda a los periodistas y muestran su mejor ángulo.

El campamento no es más que una casa derruida y una fogata menor: muy poco para ser el cambuche de 40 guerrilleros. "Es el peor recibimiento que me han hecho en el monte", lo dice un fotógrafo experto en tratar comandantes de todas las orillas. Ya no hay regreso, afuera la ropa mojada, una capa impermeable como cobija para los compañeros de viaje y a dormir como un confite entre un trapo palestino, un nudo en la cabeza y otro en los pies (el peor error: no haber comprado una media de ron el la única tienda disponible). El comandante apenas saluda; dice que eran un frente con presencia en Argelia y que llevan unas semanas sin radio: "Por celular hicimos un contacto en Bogotá y nos queremos desmovilizar". Buenas noches con la pañoleta de por medio y mañana será otro día. Es extraño que esos guerrilleros, supuestamente acosados por las FARC, las AUC y el ejército, con intenciones de dejar el monte y dar la cara, insistieran con sus máscaras de trapo y una reserva inverosímil.

En la madrugada, uno de los caballos que acompañó al grupo de periodistas se enreda con el lazo que lo sujeta a una cerca: el tápalo da cabezadas, se retuerce, jala los linderos, resopla, relincha. El caballo ha contagiado su agitación al frente y sus invitados. Los guerrilleros gritan, putean al encargado de las bestias. El ojo aterrado del caballo es el de todo el campamento. Después de unos minutos vuelve la calma espesa. Albeiro ya no puede dormir

y se levanta a echar una meada contra la noche. En el camino se topa con un flash revelador: el comandante está prendiendo un cigarrillo y la llama de su mechera le ilumina la cara somnolienta. Un saludo temeroso de parte del fotógrafo y de nuevo a esperar la mañana en su envoltura.

Amanece sin más sobresaltos y la tropa hace sus ejercicios para el fotógrafo mientras el comandante entrega sus declaraciones a los otros dos periodistas. Wilson Arenas pasa de contacto a simple chofer; siente que ya hizo lo suyo y se distrae por los alrededores. Hecho el trabajo, los guerrilleros y los periodistas se miran con recelo: "ellos con ganas de que nos fuéramos y nosotros con ganas de irnos", dice Albeiro. Antes de la despedida la tropa se esfuma. Los periodistas y Arenas están solos en compañía del hombre de los caballos, un montañero que lleva tres días de rehén y palafrenero extraoficial.

Un río crecido hace de muralla cuando vuelven hacia el Renault 9. Cuando los gritos son la única opción —van tres intentos de cruzar fallidos— aparecen dos campesinos bien vestidos. Son los samaritanos que ayudan a pasar con indicaciones y una vara. Hay una cara y una voz conocida: Albeiro reconoce el perfil que vio alumbrado por la llama en la madrugada. Uno de los periodistas también se mosquea: "Ese güevón hablaba igual al comandante". Pero qué va, ya están al otro lado, lejos de esos guerrilleros ciertos o simulados. Al final, los dos campesinos que sirvieron de guías ribereños pasan en una camioneta roja y no en la chiva que decían esperar. Esa misma camioneta está parqueada en el puesto militar, del que se despiden los periodistas levantando una mano y agitando la bandera blanca. Días después, Reuters presenta las fotos de un frente del ELN dispuesto a desmovilizarse. Para los periodistas ha quedado claro que cubrir una puesta en escena también puede ser azaroso. Y que Wilson Arenas les había metido un buque. "¡Mucha loca hijueputa!".

Coda: La desmovilización nunca se dio. Ese frente apócrifo todavía se estaba cocinando, presentaba sólo un ensayo general ante la prensa. Más tarde, en marzo de 2006, se desmovilizó el Frente Cacica Gaitana en Alvarado (Tolima): una comedia que sí llegó a su fin. Es seguro que al reparto de San Carlos le tocó guardar los pañuelos y devolver los fusiles. Ya en el Renault 9, camino a Medellín, el radio entregó declaraciones del presidente Álvaro Uribe sobre las desmovilizaciones guerrilleras producto de la presión militar.



Elkin Obregón S.

Me piden que escriba algo para Universo Centro, un lugar del que nunca he salido, pero que ya me resulta tan lejano como el canto de las sirenas... En estos días cobré valor y me fui a ver una película al Colombo. No resistí más de tres minutos (claro, hubo otras razones), y me devolví cuanto antes a mis cuarteles de invierno, a oír "El alargue"... A mí, Medellín, ya me es casi del todo ajeno. A punto estuve de declinar una invitación a un recital poético (que me interesa mucho), por no sentirme, fuera de mis cuatro paredes, como una mosca en la sopa.

Pero, bueno, anoche escribí un minicuento —oficio de jubilados, jóvenes o viejos—, y lo pongo aquí, por si de algo puede servir. Lo han leído tres personas. Dos callaron. Una me dijo que le gustaba. Opto por el silencio.

En fin, ésta puede ser mi entrada y salida por el foro (o, mejor, sólo salida) de tan exigente publicación. En fin, uno ya está curado de espantos.

CUENTO CON TÚNEL

Cuando sintió que iba a morir, más que miedo, sintió curiosidad de saber eso, dicho por muchos, que empieza a verse a mitad del túnel que te lleva al más allá. ¿Vería, como tanto se asegura, una versión fugacísima de lo que fue su vida entera? ¿O tal vez el rostro del amor que lo acompañó en la hora última? ¿O tal vez nada, morir "como se muere una vaca", sin recuerdos adelante o atrás?

Muerto ya, siguió vagando un tiempo por los cuartos de la casa. Cuando presentían su sombra, todos, asustados, la huían. Así que nunca pudo contar a nadie lo que había visto.

SE EQUIVOCAN DE CABO A RABO, EL FUTURO NO ES VERDE. ES DE COLOR ROJO APOCALIPSIS Y DE NEGRO MUERTE.



recortar, botar y olvidar.

Tinto a dos centavos

Historia de los cafés en Medellín (primera parte)



Rafael Ortiz. Ilustraciones Jacinta Molina



No podemos decir que la vieja Villa de la Candelaria haya sido el lugar donde se inventó el café —ese salón de entretenimiento y tertulia donde además se puede tomar tinto—, pues bien se sabe que en Europa ha habido, desde hace mucho tiempo, cafés notables por sus servicios, categoría y ambiente. Pero, con toda seguridad, si allá no los hubieran inventado aquí lo habríamos hecho, pues la estructura social conformada en nuestra tierras desde la colonia es la adecuada.

A la inmensa mayoría de quienes solicitaban permiso para emigrar a las Américas desde España, Portugal y otros países, se les imponía un contrato según el cual debían dedicarse a la agricultura; pero una vez en la aldea o ciudad colonizada, a los seis meses máximo, esos emigrantes encontraban cómo medrar sin tener que trabajar.

Pronto se enrolaban en las huestes de los aventureros cuyo derrotero era enriquecerse robando oro a los indios, o a quienes fuera, para poner un almacén en la plaza de la población. Con una ventaja: en los almacenes no había que trabajar más que un día por semana, el de mercado; el resto lo pasaban en el negocio jugando cartas o en la casa de una amiga.

El almacén era, por tanto, centro de recreación y tertulia, y como en esos entonces no había forma de hacer tinto, allí se consumía sirope, jarabe y, casi a la hora de la Independencia, el famoso té de la sabana descubierto por la Expedición Botánica.

Cuando llegó el café, como producto, a Medellín, la gente lo preparó en el hogar en las formas conocidas de tinto, perico y carajillo. Luego empezó a ser vendido en las calles por muchachos *piernipeludos*; a muchos de ellos algunas familias ricas les regalaban el tinto con el afán de ayudarles, los demás tenían que comprarlo. Salían con seis termos organizados en una armazón de madera y con media docena de pocillos de porcelana colgada de los soportes laterales; al lado, una olla grande llena de agua para lavarlos cada vez que eran usados.

El café, como establecimiento comercial, sólo surge cuando don Hipólito Londoño (Polito), ya dueño de Café La Bastilla, vio en Caracas, Venezuela, cómo expendían el tinto en establecimientos dedicados al efecto. A su regreso, lo primero que hizo fue comprar vajilla de porcelana y poner venta de tinto a dos centavos, de lo que después se lamentaría, pues la demanda comprobó que el precio inaugural pudo haber sido de cinco.

No había pasado el primer mes del tinto en La Bastilla cuando ya se vendía en todas las tiendas, pulperías y establecimientos similares con gran acogida. Esto obligó a crear nuevos establecimientos, con más mesas y hasta músicos y pistas de baile.

Después, las tertulias que se hacían en las farmacias y las esquinas con los contertulios de pie y sin consumir más que el ocasional tinto vendido por los muchachos, pasaron a hacerse en los cafés. Eso sí, se siguió fumando mucho tabaco negro del doblado en casa y del doblado por profesionales.

Las pulperías

Antiguamente llevaban este nombre los establecimientos que vendían víveres, cacharros, correajes, canastos, forjas, artefactos de cabuya como lazos, enjalmas, arretrancas, cinchones, etc. La mayor parte de los víveres se guardaba en cajones y la panela era encurrada en los armarios.

En algunas también se menudeaban cervezas del



país, aguardiente y ron común. Los licores se llevaban en un charol, servidos en copas y vasos a los que se hacía un simulacro de lavado en una ponchera a la que sólo se le cambiaba el agua cuando ya estaba espesa de residuos; la secada de los trastos se hacía con una toalla que no pecaba de limpieza. Era de rigor llenar los estantes con botellas vacías y no podía faltar, como detalle indispensable, la tinaja de barro con la chicha dulce.

Fueron pocas las pulperías en Medellín porque en dichos tiempos casi todas las gentes se proveían de lo necesario, los días martes y viernes, en el mercado de la plaza principal.

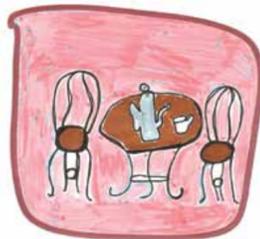
Los cafés

Permanentemente abiertos al público adulto, son esos lugares donde se vende tinto (café negro), perico (pocillo pequeño de café con leche), licores y algunos alimentos. Allí concurren los clientes no sólo a disfrutar los clásicos productos sino a hacer negocios, *tertuliar*, leer periódicos y libros, y en general, a encontrar esparcimiento y relacionarse con los demás.

Cantinas, tiendas y billares

Mezcla de tienda de víveres y café, las cantinas son características de los barrios alejados del centro. Algunas, inclusive tenían carnicería.

Las tiendas, también generalmente de barrio, venden al menudeo toda clase de productos alimenticios incluyendo legumbres, licores y cigarrillos.



Los billares ofrecen los mismos servicios de licores que los cafés pero además alquilan, por horas o fracciones, mesas de pool y carambola, tableros de ajedrez, parques y dominós.

Por conveniencias de publicidad, por esnobismo o por difamación, con el tiempo a algunos cafés se les puso el nombre de *bar*, *taberna* y otras denominaciones parecidas traídas por lo general del exterior.

(Espere la segunda parte: Clases y estilos de cafés, incluyendo los de Guayaquil).



Machu Picchu, construida por incas del siglo xv y redescubierta por campesinos andinos en 1894, se conoció mundialmente hace un siglo exacto: en 1911, cuando un aventurero hawaiano despejó la selva que la cubría y cargó con un botín arqueológico que el gobierno peruano acaba de recuperar hace apenas un cuarto de hora. Ajeno a las rapiñas y componendas diplomáticas, un viajero de nuestros días recorre la ciudadela para descubrir, aliviado, que la verdadera riqueza siempre estuvo en su sitio.

Machu Picchu

Juan Carlos Orrego. Fotografías Carolina Ceballos

Apenas unas lagartijas arrugadas y verdes se acuestan en los muros, orinan casi a diario sobre el pellejo del sabio constructor

Antonio Cisneros, *Comentarios reales*

Después del enésimo giro en la carretera que de Aguas Calientes sube a Machu Picchu, las casas puntiagudas de la famosa ciudadela aparecen recostadas al cerro frontero. Me sobreviene, inevitablemente, un estremecimiento del cuero cabelludo comparable con el que sacude a un niño en su primer avistamiento del mar. El segundo sobrecogimiento ocurre veinte minutos más tarde, cuando, sobre una alta terraza del oriente de la villa, estoy, sin papel de por medio, ante la misma imagen difundida en las revistas de la *National Geographic*: al fondo el aguzado Huayna Picchu y, más acá, un dédalo de muros de piedra en cuyo centro se alarga un escalonamiento de terrazas de césped. Clavado en aquel atisbadero se me ocurre, apenas, la parodia fácil de una frase trillada: ver Machu Picchu y después morir.

Apenas empiezo a moverme por los callejones centenarios y ya aparecen ante mí las emblemáticas llamas andinas. Poco importa que se trate de un truco escenográfico: su actitud imperturbable le viene bien a este conjunto de piedras que, descubierto apenas en 1911 por Hiram Bingham —un gringo aventurero y rapaz—, parece servido ya hasta el fin de los tiempos. Una llama de cabeza oscura y lomo café me vigila mientras masca su bolo de yerba; su actitud de quieta soberbia es la misma del templete que le da sombra a su desayuno. Tengo conciencia de que no se trata de un encuentro corriente: la distribución de este camélido engraido y magnífico no toca a Colombia, como no sea en las caricaturescas producciones de Hollywood que suponen a Suramérica como la versión enfermiza de un gigantesco México andino. Así, sólo me queda disfrutar que decenas de llamas se paseen por las antiguas terrazas de cultivo de Machu Picchu, por completo indiferentes a los aspavientos turísticos.

Recorro con precaria atención el sector suroriental de la villa: me distraen la pesada conciencia de la trascendencia histórica, las especulaciones del guía sobre una ciudad de la que no hablan las crónicas, el embotellamiento de cientos de visitantes y el sol inclemente de agosto. Como si se tratara de los chispazos de lucidez que interrumpen un entresueño pertinaz, voy coleccionando poco a poco algunos hitos del camino: el portón de la ciudad, el templo de las tres ventanas, una pared en ángulo tallada en la misma piedra, el recinto que amplifica los murmullos, las maquetas en roca de las montañas circundantes, la piedra irregular —trapezoidal, con salientes cuadrangulares— sobre la que los visitantes alargan sus manos para unirse de sabe Dios qué emanaciones. El resto del tiempo estoy lejos de allí, perdido en los picos nevados —filudos dientes de perro— que enmarcan el paisaje o en el hilo verde del lejano río Urubamba, en el fondo del precipicio. Por razones que no entiendo, la fama de este enclave inca sólo alcanza los edificios de piedra y desdeña una soberbia natural circundante que no le va a la zaga.

Todo cambia cuando, al otro lado de la franja de césped, alcanzo los tambos por donde se accede a la zona noroccidental de la ciudadela. Satis-

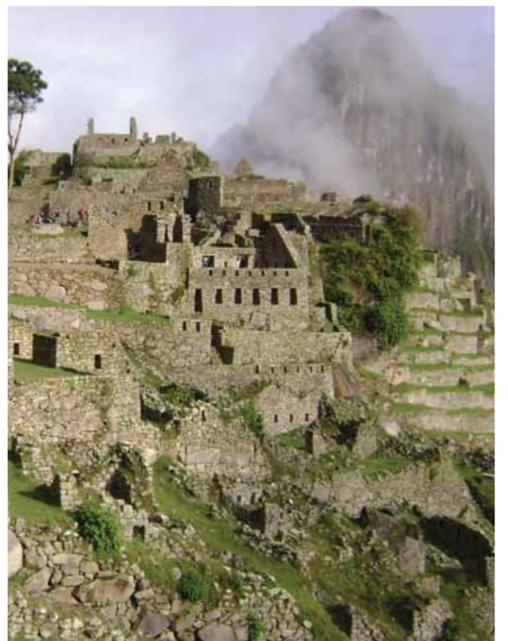
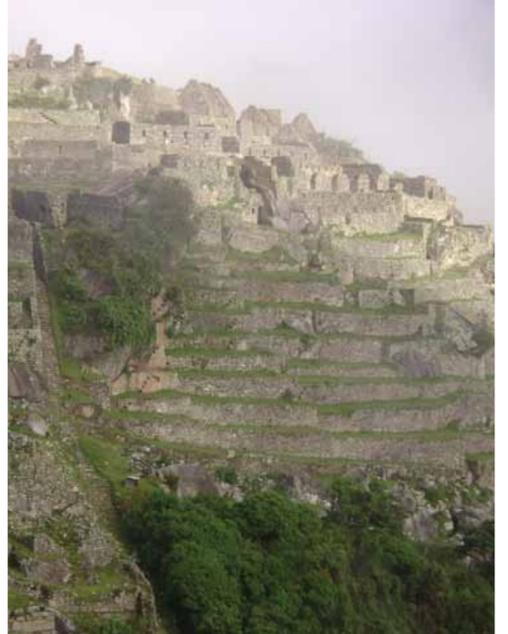
fecho de grandezas, ahora me distraigo buscando guijarros para llevar a casa. El guía se adelanta junto con el grueso de su público, y eso me permite degustar con más libertad el paseo. Descubro entonces que estoy en lo mejor de la urbe inca: en un sector laberíntico donde podría jugarse la más perfecta versión del milenario juego de las escondidas, entre muros convincentemente derruidos y al paso de los lagartos medianos que gobiernan los callejones. Me aferro a una conclusión que, con seguridad, vale más que el botín de una piedrecilla: la mejor experiencia en Machu Picchu sería aquella, imposible, de recorrerla en calidad de explorador solitario. Ha de ser más emocionante toparse, inopinadamente, con el cóndor que ha sido tallado en una enorme roca del suelo, que llegar hasta él unido al yugo de un libretto comercial. Lo que sea esencialmente esta urbe —sus ecos, sus movimientos, sus apariciones, sus colores— se hace ininteligible en medio de la aparatosa peregrinación mundial que la invade de sol a sol. Pero es quimérico pretender cambiar tal orden de cosas y, como quiera que sea, me siento conforme con el sacramento contaminado que permite mi época.

Cuando el guía nos concede la libertad de deambular a nuestras anchas me descuelgo por la ladera que ya había avistado en el bus de Aguas Calientes. Me detiene, muy abajo, un muro grueso que marca el fin del trazado urbano. Diez metros hacia el Huayna Picchu la pared se parte en dos, como si hubiera sido pisada por un gigante. Pienso en una guerra india salida de madre hace seiscientos años y en un terremoto devastador como los que han pasado factura a Lima. Al final me quedo con una explicación más benigna: la selva de la sierra ha carcomido la construcción durante los muchos siglos que duró la soledad de Machu Picchu; de hecho, para que nadie olvide el protagonismo de esa fuerza silenciosa, la administración peruana ha dejado incólume, junto al templete de las tres ventanas, un árbol frondoso.

Lejos de mi escondite, en la ladera de enfrente que corona una antigua garita solitaria, los visitantes corren de un lado para otro con la angustia de no saber cómo sacar el mejor provecho del par de horas que faltan para el cierre del parque. Quisieran poseer el don de la ubicuidad para beberse la totalidad del complejo monumental, pero ignoran lo esencial por más que lo sugieran miles de piedras: en este rincón del mundo lo que más vale es la quietud.



Viaje al Perú
Juan Carlos Orrego.
Editorial Universidad de Antioquia 2010





Estilario

Raúl Trujillo

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Cómo nos gustan las pin-ups. Ha sido en las dos últimas décadas —en especial a partir del lanzamiento al mercado de los push-up— que la tan peleada liberación femenina, esa que tantas victorias políticas les trajo a las mujeres durante el siglo XX, mostró su otra cara. La girl power abrió el milenio con su imagen poderosa ya no solo intelectual, ahora también podía ser ejecutiva y con sexappeal. En los noventa, además de mencionados push-up, llegaron las siliconas, y los ángeles bomba de Victoria's Secret que tanto calientan a los señores y hacen que sus mujeres corran a comprar on-line el modelito que antes fue de sex shop para una noche de celebración o reconciliación. De esto y más experticias sobre el sexo no reproductivo es asesora la psicóloga Alejandra Quintero, que cual bombom girl posa sonriente para la lente de Juan y pícaro lleva con su cuerditita extensible a Madame Kukita, su eterna compañera (sólo con verla me parece escuchar el histérico y agudo ladrado de perrita faldera).

Hoy como pin-ups, muchas mujeres recorren las calles con sus cuerpos esculturales, luciendo la clásica silueta reloj de arena que hace cien años hiciera de las chicas ilustradas por Charles Gibson todo un suceso de marketing. Eran altas, con su figura ceñida por un corsé. Tenían la nariz y la boca pequeñas y bien definidas, pero sus ojos eran un poco más grandes —algo que aún caracteriza a los cómics y el manga—. Así la imagen de la bien educada chica rica americana, un tanto más relajada que la europea, se reprodujo por miles y sobre cientos de objetos, y pronto fue uno de los primeros fenómenos de moda trasatlánticos.

Las fotografías de lindas chicas ligeras de ropas y en posturas insinuantes, impresas en formato de tarjeta postal, volaron como fenómeno comercial. Con pines fueron clavadas como estacas en las literas, los guardarropas y cuartos de los chicos americanos, y a estas coquetas excitantes muchos le deben numerosas lunas de miel en la mano, como dice la canción de Virus. Tal fue el boom de las postales que las revistas de farándula que promovían el naciente jet set y la cultura mediática masiva TV, pronto tuvieron una doble página central con la chica del mes "tamaño póster para tu habitación".

Hace ya un tiempo, cuando hacíamos el reporte del comportamiento del consumidor de moda colombiano de inexistencia, y después de cinco años de registrar el uso de los corsés ya no solo para momentos de seducción, decidimos que era el momento de incluirlos dentro del listado de tipologías—artículos—básicos, es decir, entre aquellos que estén o no de moda en el sistema internacional, siempre deben hacer parte de las colecciones para el mercado colombiano. Lo que, quién sabe, también podría cumplirse para una buena parte del mercado de latinas norteamericanas, con Sofía Vergara o JLo como abanderadas del latin power.

Volviendo a los pin-up, no podemos decir que se trate de un fenómeno retro, pero sí que se puso de moda por su preciosismo gráfico y lúdico, entre porno e infantil. Nada más vigente que una top model, vedette o pop star en campañas de productos. Eso sí: No las pongas a promocionar productos de indumentaria, ya que es lo menos que de ella verán los espectadores, pero hasta para vender tuercas, tornillos y cervezas son un poderoso imán.

Alejandra prefiere los códigos más convencionales sobre lo sexy: a la minifalda le queda más picante una abertura, y las medias, con vena como las de antes, dibujan un sinuoso corazón en los talones y terminan en los tacos rojo pasión, a tono con la manicura y el lápiz labial. De encajes y ataduras se ha cargado la moda. La estética denominada Boudoir, relacionada con la ropa interior y los trajes para estar en las recámaras que se usaron en el Trianon, la residencia paradisíaca de la preferida del rey, muy cerca de Versalles, se cuele y asoma por entre escotes, ruedos y largos encajes, puntillas, cintas, cordeles o galones, donde el juego del brillante y suave satén se mezcla con el afelpado y estimulante del terciopelo.

Parece que después de Lara Croft las nuevas pin-up serán virtuales o de videojuegos, pero son varias las películas que nos muestran otra belleza con abierto contenido sexual. La legendaria amazona guerrera, a veces intergaláctica como las sher-ra de los cómics, es otro imaginario para sumar al voluptuoso pin-up. ☺

Alejandra Quintero es psicóloga y asesora sexual. Madame Kukita es una yorkie

Desnutridos y desnutridas

Sergio Valencia. Ilustración Cachorro

En Medellín poca gente aguanta física hambre, según determinó un juicioso estudio que la Escuela de Nutrición y Dietética de la U. de A. hizo para la Alcaldía en el 2010. Poca gente, hay que aclarar de inmediato, comparada con la que antes vivía hambrienta, que era mucha. Porque de todos modos preocupa que más o menos 230.000 personas (el 10% de los que andareguíamos por aquí) se acuesten sin haberle metido lo suficiente al estómago y con las tripas reclamando.

Afortunadamente, lo ratifica el estudio, si las autoridades municipales persisten en atacar el problema del hambre como lo han venido haciendo y pulen sus estrategias con las recomendaciones de los expertos, es factible que en un día no muy lejano lleguemos al ansiado punto de cero buchones con las costillas forradas y el pelo de mentiritas. Que así sea.

El asunto, igual o más grave, es otro, pues como suele suceder en Colombia, mientras se arregla un problema sale algo peor a eclipsarlo.

Inseguridad alimentaria

Ya bastaba con la inseguridad en las calles, con la que parece no puede nadie, "ni mi Dios con dos piones" como resume desesperanzado el dicho antioqueño. Ahora quedó demostrado que el 60% de los medellinenses, además de sufrir con las balaceras y los atracos, sufre de inseguridad alimentaria, que no es menos que vivir la cruel incertidumbre de tener con qué almorzar hoy pero no saber si mañana se conseguirá la plata para almorzar de nuevo o siquiera desayunar.

En concreto son un millón cuatrocientos mil ciudadanos los que viven al día con su alimentación, en la cuerda floja de sus intestinos. Más de la mitad de los que cruzan por La Playa con la Oriental, de las que hacen aseo en El Poblado, de los que cuidan carros en el estadio, de los que motilan prados o cogen goteras en Belén, no saben a ciencia cierta si al otro día aguantarán hambre. Por suerte no tienen hambre en el instante, pero vuelve el sol a salir y vuelven las inevitables ganas de comer, de ellos y de su familia; lo que tal vez no vuelva es la oportunidad de satisfacerlas.

No tener ni arroz para aplacar el hambre es terrible, pero es apenas una pizca menos terrible tener que tasarlo.

El huevo o la gallina

Esa vergonzosa cantidad de gente que padece inseguridad alimentaria se ve obligada a apretarse continuamente el cinturón, y no es un chiste. Del Perfil Alimentario y Nutricional de Medellín 2010, que así se llama el estudio, se infiere que ante la probabilidad de quedarse sin comida por falta de ingresos, las familias hacen primero cambios cualitativos en su dieta. Por ejemplo, pasan obligados del jugo de frutas al refresco en polvo, de la carne pulpa a la gorda y de la ensalada de verduras al tronco de panela. Y otra vez la perversa realidad los arrincona, enflaquecen aún más su mentí por el lado de la cantidad: De los tradicionales tres golpes pasan a dos, de los frijoles a la sola tinta y una ración de carne (cuando la hay) la convierten en varias. Así, literalmente, logran sacarle el cuerpo al hambre y, de carambola, resuelven un eterno dilema de la humanidad, pues si a un inseguro alimentario le preguntan qué fue primero, si el huevo o la gallina, responderá sin titubeos que primero fue la gallina pero después se volvió imposible de comprar.

Alguien dirá, quizás uno de esos godos plátudos que moralizan el estatus quo, que esa forma de enfrentar la pobreza es otra muestra del ingenio paisa para resolver los problemas inherentes a la vida y lo refrerará orgulloso con un "antioqueño no se vara". Y no es así. El ingenio que se gasta para inventar con poco una comida presentable es solo una respuesta mecánica a la adversidad, tanto que los ingeniosos cambios en la dieta de quienes no tienen asegurada una buena alimentación les resultan doblemente perjudiciales, como comprueba la citada investigación.

En el limbo de la nutrición

Que Dios proveerá es promesa cada vez más difícil de creer. Hasta la FAO reconoce que "en el 2009 padecían hambre crónica o subnutrición en el mundo 1.020 millones de personas, de las cuales 1.002 millones se encontraban en los países en desarrollo".

Hoy en Medellín, el 60% no vive precisamente en ese infierno alimenticio, pero está condenado al limbo nutricional. Es decir, el millón cuatrocientos mil conciudadanos de que hablamos alcanza a comprar comida y llena su barriga, pero forzados por los bajos ingresos llevan a la mesa comida barata, esa que parece leche, ese salchichón color carne, ese azúcar gaseoso que traba el hambre, todo aquello que no hace más que engordarlos. De tal manera que sufren a la vez de déficit nutricional y de exceso de peso. Vaya paradoja subdesarrollada: ¡Rozagantes desnutridos! ¡Falsos positivos!

También contribuyen al problema la globalización de la producción de alimentos y la toma de los mercados por parte de las multinacionales, pues no le dejan más camino a las clases bajas que consumir "alimentos baratos con alta densidad calórica". Comida chatarra, llenadora, para hablar claramente.

Aseveran los investigadores que la situación alimentaria y nutricional de Medellín se aleja de la de los países pobres, y al mismo tiempo de la de los países más desarrollados. "Parece que la ciudad se acerca más a la situación que viven algu-

nos de los llamados países de economías emergentes. En ellos, en medio de los problemas de inseguridad alimentaria, desnutrición y carencias nutricionales, también penetraron problemas como el sobrepeso, inicialmente en las zonas urbanas, y luego se convirtieron en un fenómeno generalizado que avanzó y continúa avanzando con inusitada celeridad. Por otro lado, el estilo de vida de la población pasó a ser más sedentario".

[Hay un dato curioso en el estudio que no sé dónde meterlo pero que amerita el paréntesis: Las comunas en que mayor porcentaje de población permanece sentado durante la jornada diaria son El Poblado (58,9%) Laureles (54,8%) y La América (49,9%), y entre los corregimientos, el de San Cristóbal (40,3%).

[Y otro: 6 alimentos predominan en el 90% de los hogares de todas las comunas: huevo, arroz, arepa, papa común, tomate y sal].

Si se tratara de un sencillo problema de apariencia, no importara tanto. Gorditos y gorditas siempre ha habido, y ese carretazo de que todos tenemos que pelear contra los genes y la gula y el deseo para lucir una cintura socialmente correcta nos tiene hasta la coronilla. Pero resulta que la obesidad trae consigo, inevitablemente, enfermedades ruinosas como la diabetes y la hipertensión, por solo mencionar dos y no mencionar la cantidad de males que acarrea la gordura excesiva en los niños.

Solución intravenosa

El hambre y la inseguridad alimentaria tienen la principal causa en la desigualdad social. Lo que significa que no se solucionan fácilmente ni sólo con buenas intenciones. "La desigualdad social se refleja en la marcada diferencia de ingresos y oportunidades, excluyendo del progreso a buena parte de la población y limitando sus derechos, entre ellos el derecho a la alimentación", aclara el Perfil, y añade: "Los problemas en casi todos los campos de la salud reflejan claramente la manera como se distribuyen los bienes sociales". Ya dijimos que no será fácil, estamos hablando de nada más y nada menos que de una justa redistribución del ingreso, en Latinoamérica, el más desigual de los continentes.

Y nada despejará el oscuro panorama de la inseguridad alimentaria en nuestra ciudad hasta que no reconozcamos la raíz del problema y actuemos en consecuencia. Lo dice el bienvenido estudio de la Escuela de Nutrición y Dietética que hemos citado: "La situación alimentaria y nutricional de Medellín, así como los estilos de vida de sus habitantes, son un reflejo de dos características que han sido destacadas en diversos estudios: un territorio en proceso de consolidación como gran ciudad, profundamente desigual, que ha legitimado la desigualdad social como si fuera inherente a su proceso de desarrollo".

Queda solamente recomendarles a los lectores que busquen el Perfil Alimentario y Nutricional de Medellín 2010 y que desayunen bien para que no se duerman leyéndolo. ☺

En concreto son un millón cuatrocientos mil ciudadanos los que viven al día con su alimentación, en la cuerda floja de sus intestinos



El estilo Santos

Eduardo Escobar. Ilustración Jose Sanín

Algunos creen aún, como en los años bobos de la violencia liberalconservadora—cuando el país se dividió entre obispos aguerridos y masones de paraguas y un montón de crédulos y cándidos peleaban por ellos—, que si uno publica sus excrecencias en *El Tiempo* o es amigo de paranda de un Santos se hace reo del infierno; de un infierno muy semejante a la estación ferroviaria donde se quedan los dejados del tren de la historia y los traidores a la causa, esa cosa tan cómica de puro solemne. Cuando, como yo, se tuvo eso que llaman veledades de izquierda y se escribieron odas a Ho Chi Min y elegías al Che Guevara y se firmaron manifiestos contra las perversiones del sistema, uno es puesto en la picota y se vuelve sospechoso de godarria si no se muestra convencido de que los Santos son sus enemigos y no cree que *El Tiempo* cocina los males de este país estrafalario.

Sin embargo, la mayoría de los colombianos que saben leer leen *El Tiempo*, y aun cuando lo compran con asco han soñado que dan a luz, en sus páginas, un soneto con estrambote, o que son presidentes con su apoyo. Con los ojos entrecerrados, el soñador es investido con las responsabilidades de sus ilusiones aunque el hipo venga a sabotear el entresueño, y es coronado en el Teatro Colón como Gutiérrez González, con hipo y todo, por su soneto, o saluda desde el balcón de Palacio a una multitud agradecida mientras la brisa de un río podrido mece la hamaca con mano materna. Porque *El Tiempo* es *El Tiempo*: un periódico propicio para fomentar tirrías y ensueños, y, tanto como los otros periódicos del mundo, útil para envolver papas y limpiar vidrios. Conocí un hombre, lector diario de *El Tiempo*, liberal ortodoxo sumiso a la dirección del partido y borracho consuetudinario, que cuando se caía un avión decía con cara de triunfo doblando el periódico sobre sus rodillas y descalzando los anteojos: "Ahí debía ir un maldito godo". Por fortuna para todos, a *El Tiempo* ya no le quedan lectores así. Ni contradictores como los del pasado, que cuando se sentían indispuestos porque los Santos les resultaban indigeribles corrían a quemar *El Tiempo* o a tirarle piedras y se metían a la oficina de Hernando Santos, tío del Presidente, hasta que los invitaban a tomar un trago y les tomaban una fotografía para la edición del otro día.

El Tiempo ha sido en el transcurso de su historia centenaria de muchos modos distintos: generoso, insidioso, justo, subversivo y guardián del establecimiento, y en sus mejores épocas incluso divertido y hasta inteligente. Hay muchos periódicos en Colombia, unos mejores que otros. Pero *El Tiempo* es el más detestado y apetecido, porque el odio y el apetito son las esencias del poder. Y *El Tiempo* siempre permaneció ligado al poder, con un aire olímpico y desfachatado que muchas veces resultaba ofensivo, pero siempre legítimo: los Santos son humanos, demasiado humanos, y el gusto por el poder es propio de mamíferos como nosotros, por santos que sean. Sin embargo, *El Tiempo* no es más que un periódico, y todas las querellas que provoca resultan vanas. O en todo caso ya pasaron los años en que, dicen, *El Tiempo* ponía presidentes y

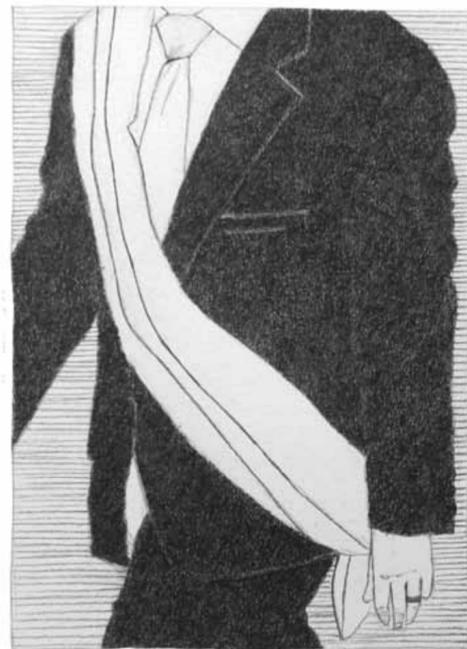
tumbaba ministros, o en que si tu nacimiento, tu matrimonio o tu deceso no quedaban registrados en sus páginas, era como si jamás hubiera existido. Los periódicos de hoy son tigres de papel por poderosos que parezcan; y, a veces, gatos de papel.

Para la generación del nadaísmo—esa degeneración de artistas de la cual ya van quedando tan pocos que no arman una fiesta, ni siquiera discreta—*El Tiempo* era un baluarte a tomar. Los nadaístas se fueron a Bogotá a intentar en tropel y *El Tiempo*, claro, se dejó, porque *El Tiempo* se deja cuando quiere, pues nuestra postura de irreverentes y podridos resultaba vendedora. Nos hicimos amigos de los Enriquez y de Hernando, Francisco y Juan Manuel el presidente. En retribución, Gonzalo Arango, que a veces podía ser tan lambón, sucumbió a la debilidad de escribir un panegírico de Silva en las páginas de *El Tiempo* como cualquier retórico de La Candelaria, y a la tentación de decir que los Santos eran los únicos santos de nuestra devoción. Menos frívolo, Amílcar Osorio me dijo cómo se había ido a los Estados Unidos por culpa de Eduardo Santos y Eduardo Mendoza Varela, que pusieron sus primeros cuentos por las nubes y lo invitaron a tomar café para felicitarlo por su "Análisis de Paraboloides Hiperbólicas" y por "El Caudatario". Amílcar, que era un muchacho que no había terminado la teología ni el bachillerato y hablaba un francés arrabalero, metido en unos bluyines negros de tubo, dudó si esos señores eran unos idiotas por respetables, expresidentes o bisojos que fueran, o si él, Amílcar Osorio, era un genio como Proust o como François Sagan, que copiaba su corte de pelo. "Y me fui a Nueva York—me dijo Amílcar— a confrontarme con los monstruos de la poesía norteamericana que tanto admiraba. Pero me repatriaron por indocumentado". *El Tiempo* fue decisivo para la generación del nadaísmo, y no es deshonra: algunos de los mejores textos de la pandilla fueron publicados allí, y hasta los pagaron. Cuando murió Neruda, escribí una elegía larga y sombría con gallos y barcos negros, un adiós al poeta sin levantar la mano. Se la mandé a Enrique Santos hijo, que me dedicó una página de su suplemento dominical con una fotografía del chileno muerto, y fue la primera vez que recibí tanto despliegue y la primera que obtuve honorarios por un subproducto de mi desvergonzada musa. Mil pesos no alcanzaban entonces para mucho, pero representaron algo mejor que un rapapolvo en esas épocas en que uno no sabía dónde iba a dormir ni con quién. Pero no todos los días se mueren nerudas: si así fuera, los elegíacos estaríamos ricos.

El humor bogotano cáustico e intrincado apuntó un día, cuando Juan Manuel Santos llevaba barba, a los veinte años, y apenas se iniciaba en la política: lo maduraban como a los aguacates, a punta de periódico. Aunque las cosas no son tan absolutas: una prueba de la relatividad del poder, según los enemigos de *El Tiempo*, es el largo camino que debió recorrer Juan Manuel para convertirse en presidente (desde que *El Tiempo* quedaba en la avenida Jiménez hasta que se pasó a la calle 26). Y esto es, en suma, lo que quería decir desde la primera palabra de esta nota difusa: que Santos, Presidente, es como es por-

que es como *El Tiempo*, porque encarna el talante de *El Tiempo*, el maquiavelismo santafereño que aspira a dominar sin hacerse demasiado evidente. Ernesto Samper—que quién sabe qué libros estará leyendo, tal vez a Spengler o a Liévano Aguirre—declaró en Telecaribe que su suerte política expresaba la oposición de las oligarquías bogotanas contra las aristocracias del altiplano. Los Santos hacen la síntesis de esa tesis sin pasar por la antítesis: aristócratas de la línea de Antonia Santos—una señora que tuvo la desgracia de tener nombre de escuela—, son también oligarcas porque no tuvieron remedio. De cualquier manera, es obvio que Samper esperaba hace años al otro Santos Presidente que compensara la esterilidad histórica del republicanismo de Eduardo Santos y de Carlos E. Restrepo, el suegro de Fernando González y el más apasionado y brillante de los adversarios de *El Tiempo*, quien consagró al periódico como símbolo del santanderismo que repudiaba. Después de Juan Manuel, claro, es dable esperar otro y aun otros, sin ser profeta, en el eterno retorno de las cosas.

Desde cuando compraba la revista *Alternativa*, que dirigió Enrique Santos hijo, pensé que este sería el segundo primer mandatario de la dinastía Santos, a pesar de que es tan inteligente, lee a Kerouac, escribe bien y habla griego para descrestar a los amigos en las casas de las amigas y suscita la envidia de quienes estamos condenados a leer a Anacreonte, al sesgo de algún traductor asalariado de Salamanca o con beca de la UNAM. Y sabía que iba a costar acostumbrarse a ver a Antonio Caballero de ministro de relaciones exteriores o de embajador en la España totera, a Jorge Restrepo en el ministerio de obras públicas y a Poncho Rentería como inspector de peluquerías de señoras. Pero así son las cosas de *El Tiempo*: Enrique, el intelectual de la casa, decidió entregar su alma al golf en los campos de Miami, y Juan Manuel dejó la mesa de los tahúres para trabarse a la banda de los presidentes. Ya solo queda confiar; esperar bajo los aguaceros que el talante de *El Tiempo* haga el milagro que le deben los Santos al país, según piensan algunos, ya que no fueron capaces de acabar con el periódico (aunque según otros, Juan Manuel salvó a la nación del peligro de probar la opción presidencial de Francisco). Será interesante ver cómo se aplican a la política mayor las pequeñas cortesías marrulleras de las mesas de juego. Y es un agradable contraste, por lo pronto, un hombre de buenos modales y sangre fría en el sillón que llamamos "solio de Bolívar": ese mueble que dejó tan caliente Uribe con sus arrestos de arriero y su afición a la camorra. ☺



Conocí un hombre, lector diario de *El Tiempo*, liberal ortodoxo sumiso a la dirección del partido y borracho consuetudinario, que cuando se caía un avión decía con cara de triunfo doblando el periódico sobre sus rodillas y descalzando los anteojos: "Ahí debía ir un maldito godo"

UC visita nuestra renovada página
www.universocentro.com

cohete.net

Entrada libre
TRES EXPOSICIONES PARA CELEBRAR
Miércoles 18 de mayo – lunes 25 de julio
En el Día Internacional de los Museos, el MAMM inaugura el 18 de mayo tres nuevas exposiciones:
-Transparencias /Luis Roldán;
-Artificio/ Naturaleza en el arte- Naturaleza del arte,
-Germán Alonso García/ In memoriam.
Charla de inauguración con el Maestro Luis Roldán/ 7 PM
Museo de Arte Moderno de Medellín
T: (574) 4442622 / Carrera 44 No. 19 A -100 Medellín - Colombia
www.elmamm.org <http://www.elmamm.org/>

WWW.CORPOASA.EDU.CO
PROGRAMAS DE
DISEÑO DE MODAS
DISEÑO GRÁFICO PUBLICITARIO
DISEÑO DE ESPACIOS Y AMBIENTES
FOTOGRAFÍA, TELEVISIÓN Y VIDEO
ACADEMIA SUPERIOR DE ARTES
INSCRIPCIONES ABIERTAS
INFO 4112811
CALLE 43 # 78-40 LAURELES

DEPRISA
FedEx
Avianca
SERVIENTREGA
Efecy
SU CORRESPONDENCIA Y CARGA LIVIANA
A... TODAS PARTES
Calle 50 No. 46 - 36 • Local 105 PBX 251 83 43
Ed. Furatena • Medellín
SUPERRAPIDO

LA LIBRERÍA DE OTRAPARTE
Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 302 42 18
www.otraparte.org

AM&M
montacargas s.a.
Servicio de montacarga por horas
Tel: 352-99-10 255-65-93

Bollywood es el nombre informal para las películas en lengua Hindi realizadas por numerosos estudios fílmicos en la ciudad india de Mumbai. Este término es el resultado del cruce de palabras entre Bombay y Hollywood.
La característica más representativa de las películas de Bollywood son sus escenas musicales. Por lo general, en cada película se incluyen cantos y danzas típicas del país, mezcladas con curiosas coreografías del pop occidental.
La danza Bollywood es un estilo que sale de estas coreografías. Se baila en grupos grandes o en pareja y se mezclan muchos movimientos desde la danza clásica india, los bailes folclóricos de varias zonas del país y los bailes más modernos desde el jazz y el hip hop hasta la samba y la salsa.
Escuela Danzaha
Dirección: Cr79 45 E-72 P-2
Tel: 5808571 - 312 7414006
www.escueladanzahara.com

Maravediti Coctel culture
Bar & Copas
Cócteles,
Tapas variadas
para degustar,
Shows en vivo,
Cineforos,
Debates, Etc.
Cra 77 N° 31-83
(media cuadra del Parque de Belén,
semiesquina Canalización)
Tel: 343 09 06

No dañes a nadie,
haz lo que quieras!
taller
EL AQUELARRE
elaquelartaller@gmail.com
facebook / elaquearre taller
Medellín

ENTRADA LIBRE TODO EL AÑO
Exposiciones - talleres artísticos - actividades académicas - biblioteca - sala virtual - actividades musicales programas literarios - actividades recreativas, conforman el programa de promoción, participación y valoración de los procesos de creación y memoria, subsidiado por Alcaldía de Medellín.

Roberto Montoya Toto
Quirofotografías
Cámara de Comercio de Medellín sede centro,
hasta el martes 31 de Mayo



VINOTINTO Y MOÑO

No para todas las cabezas resultan pecaminosos los humos de la marihuana; por lo menos, no para los deportistas. Y no se crea que se trata de un truco brumoso para disimular dopajes descarados: la opinión que prevalece, más bien, es que el cáñamo de la india es más perjudicial que benigno a la hora de competir. Hace poco menos de un año, el Sindicato Mundial de Futbolistas conceptuó que la yerba santa no aumenta el rendimiento del jugador sino que lo perjudica. Así se alegó en el célebre caso del delantero uzbeko Anzur Ismailov, crucificado al término de un partido en las eliminatorias de Sudáfrica 2010 contra el temible equipo de Bahrein. El sindicato se las cantó a la Agencia Mundial Antidopaje: "Pedimos al Comité elaborador de la lista que reconozca que el cannabis es, con total probabilidad, perjudicial para el rendimiento deportivo y no merece estar incluido en la lista de sustancias dopantes". Mientras tanto, en la NBA se entiende que los pitazos son un derecho de los encestadores —el 60% los frecuenta— y su prohibición una beatería de directivos.

Todavía causa revuelo en nuestro medio el vuelo del delantero antioqueño Wilder Medina. El año pasado dio positivo en el control antidopaje de la Copa Libertadores, y este año fue acusado dos veces, por lo mismo, en partidos de la Liga Postobón. La rabia ciega de los reclamos pasó por alto que las trazas de marihuana en la sangre se borran sólo al cabo de dos meses. ¿Será que Wilder está siendo juzgado dos veces por la misma traba? Y además, digan lo que digan todavía hay memoria: ¿se han olvidado los tiempos aquellos en que nuestro balompié perdonaba las diabluras de Libardo Vélez, Jimmy Arango, "Chusco" Sierra, "Chummy" Castañeda y Jorge Raigoza?

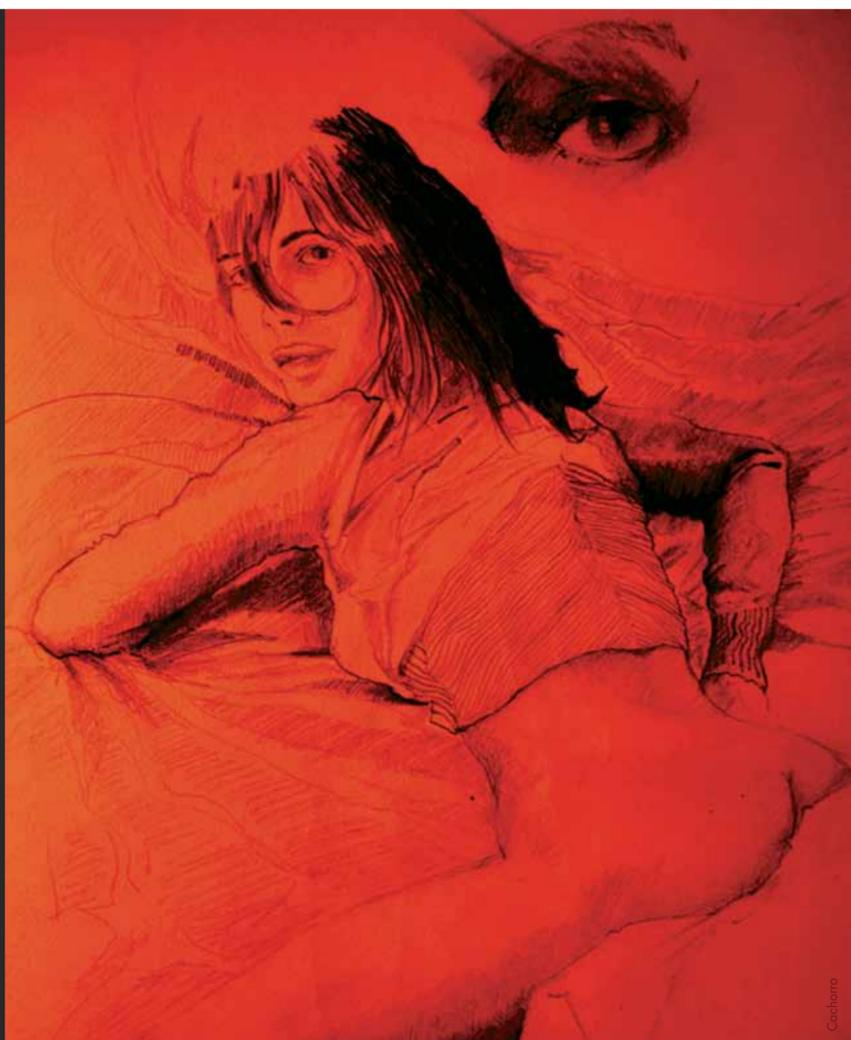
Medina podría haber dado cátedra de maldad a esos pecadores veniales que, a lo sumo, alardearon con navajas: el goleador del Tolima tuvo sus días turbios, goleaba en otras plazas y fue caliente hasta las explosiones: "A los que estaban compartiendo conmigo les lanzaron una granada que los mató... ¿A quién matan por ser bueno?, imaginé cómo éramos de malos". Ahora corre en el Murillo Toro y come pollo por las tardes con Marrugo en una plazoleta en Ibagué. Wilder tiene 30 años y es un ejemplo digno de la Oficina de Reinserción. Podría estar protagonizando una propaganda en Señal Colombia: "Evita la pena máxima".

El *affaire* Medina tuvo un capítulo especial en la cancha. En febrero de este año, Wilder le tuvo que patear un penalty a Agustín Julio Marrullero —o asustado—, el arquero cartagenero quiso desconcentrar a su verdugo con una pregunta tonta: "¿A qué sabe la marihuana?". Sin dudarlo, Medina dijo: "A gol". Segundos después lo hizo realidad. Tolima le ganó en el último minuto a Santa Fe. Julio se consoló con agua de cidrón; Wilder, no sabemos.

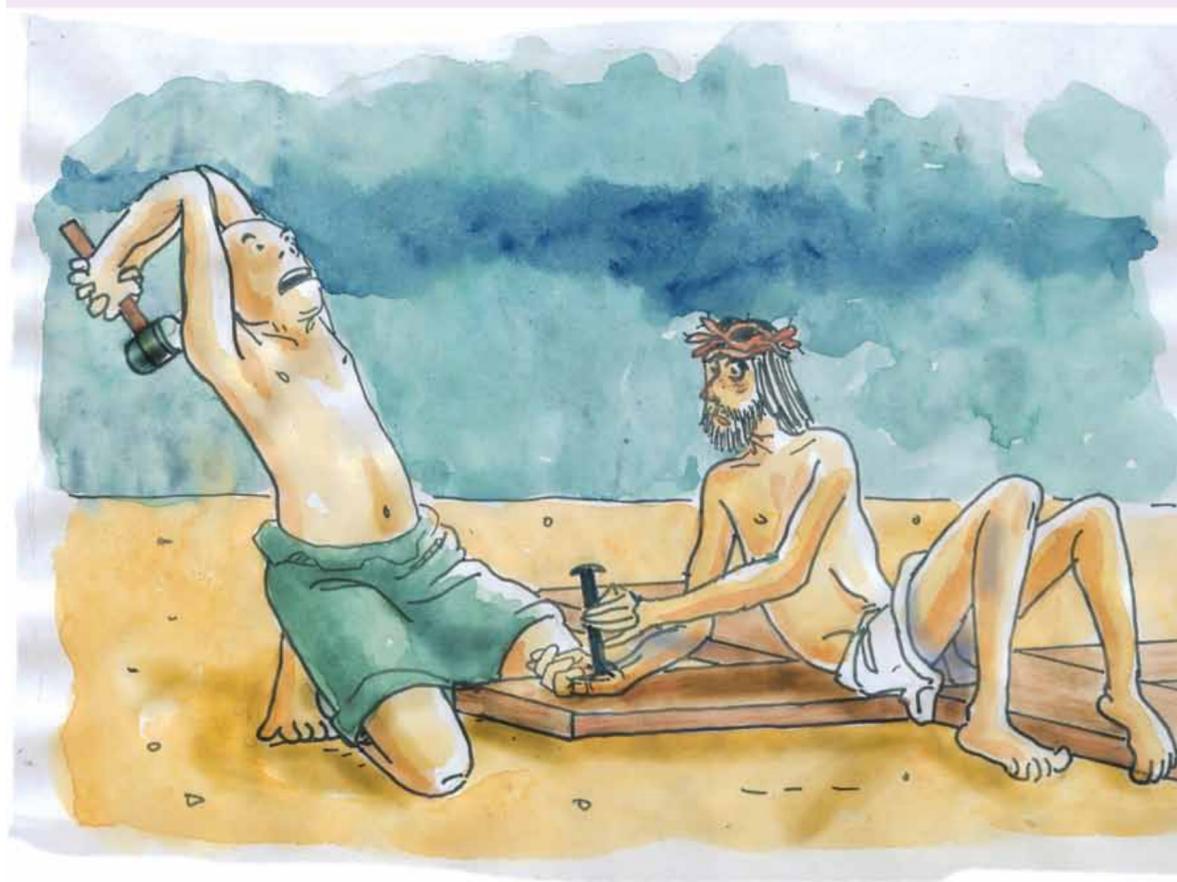
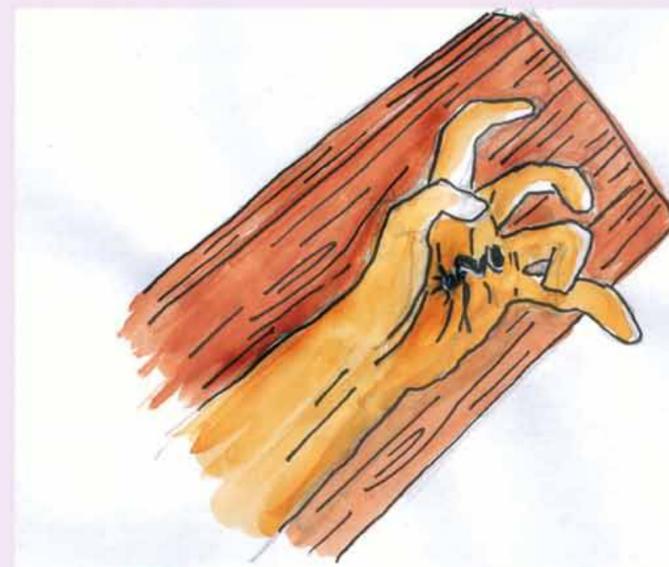
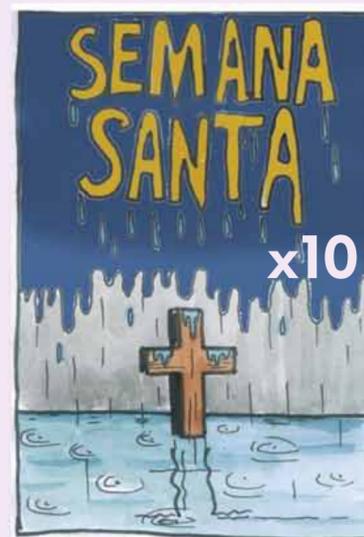
Publicaremos de aquí en adelante los cuentos de A. Monterroso. Escribe poco, pero cada que lo hace, sentencia

1. erótico

Y cuando despertó, ella todavía estaba ahí.



Cochoro



andrea
katich
kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatich@une.net.co

Siente... tu Área

nos movemos
por el Aire

Del 27 de abril al 6 de mayo realizaremos la Semana por el aire.
Diez días de compromiso por el aire que respiramos. Una semana larga
para contar las acciones que la ciudadanía y el Área Metropolitana
lideran y apoyan para mejorar la calidad del aire del Valle de Aburrá.
Juntos nos movemos por el aire...

Programación: www.respiraprofundo.net



Área Sostenible
Gestión ambiental metropolitana

Área 30
METROPOLITANA
Valle de Aburrá

AÑOS
1980
2010